

# Catedral de San Abán

Un ensayo para la construcción de un nuevo tipo  
de catedrales propias del siglo XXI



J.A  
Forteza





Editorial Sekotia  
C/. Gamonal 5  
28 031 Madrid, España

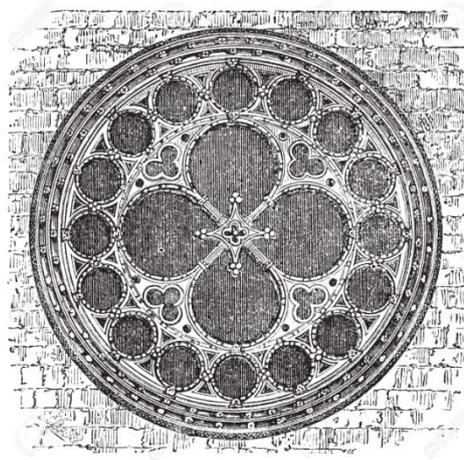
© Copyright José Antonio Fortea Cucurull  
Publicación en formato electrónico, septiembre 2015

[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)

Versión para tablet

# Catedral de San Abán

Un ensayo para la construcción de un nuevo tipo  
de catedrales propias del siglo XXI



José Antonio  
Fortea



# Índice

El nacimiento de todo: cómo surge una catedral .....	8
Primera fase: La nave industrial .....	11
Segunda fase: la cabecera .....	15
La girola .....	20
El Gran Sagrario .....	21
El museo y la rectoría .....	26
Las tres naves .....	28
El espacio medio .....	33
La cripta .....	36
La Tienda Real .....	39
El Gran Coro .....	41
La lucha contra el demonio .....	46
Los ministerios laicales .....	47
La Misa Magna .....	51
La residencia de sacerdotes .....	53
La capilla del obispo .....	54
El atrio .....	56
El jardín perimetral .....	58
Las dos comunidades monásticas .....	60
Las edificaciones perimetrales .....	66
El clero catedralicio .....	71
Un día normal de la catedral .....	73
La autoridad .....	76
La catedral como marco de distintas ceremonias .....	77
Funerales de sacerdotes .....	79
El coro hispano .....	81
Pobreza y gloria: los materiales .....	85
Los pobres y la gloria: el templo como expresión de una teología concreta .....	87
El concepto mismo de catedral .....	89
Conclusión: las últimas piedras .....	93





Cuando la reina de Sabá vio toda la sabiduría de Salomón y la casa que había edificado (...) el porte de sus ministros y sus vestidos, sus coperos y los holocaustos que ofrecía en la Casa de Yahveh, se quedó sin aliento, y dijo al rey: «¡Verdad es cuanto oí decir en mi tierra de tus palabras y tu sabiduría!

I Reyes 10, 4-6

## El nacimiento de todo: cómo surge una catedral

Todo comenzó en Londres en el año 2014. Un millonario australiano me invitó a cenar un día que estaba dando unas predicaciones en esa ciudad. Este hombre que trabajaba en la banca era conocido de una profesora de Oxford amiga mía. La cena de los tres en un restaurante francés muy cerca del Parlamento fue una delicia: la comida, el distinguido ambiente, la conversación y el paseo posterior junto al Támesis.

En un momento dado, entre el primer y el segundo plato, el australiano me comentó que era amigo desde hacía muchos años de un sacerdote de su país. Sacerdote que ahora era obispo. Y, como quien no quiere la cosa, nos dijo que su amigo planeaba construir una catedral en su diócesis.

Este comentario sin importancia fue la causa de este pequeño libro. La idea de un obispo que tenía que construir una catedral se quedó revoloteando en mi mente. Yo tenía un amigo arquitecto, un buen arquitecto con varios premios internacionales en su haber. ¿Me atrevería a enviarle al obispo en cuestión un proyecto de catedral hecho a la par entre el arquitecto y yo?

Varias semanas después me animé y le pregunté a mi amiga la profesora que se enterara en qué diócesis estaba el amigo obispo. La diócesis resultó ser Parramata. Descubrí que esa diócesis australiana ya contaba con una catedral, construida probablemente cuando se erigió esa sede episcopal. La catedral neogótica era muy bonita, pequeña pero encantadora. El problema era que se les había quedado pequeña. Además la diócesis ¡tenía dinero! Fantástico. El que ellos tuvieran mucho dinero, no significaba ningún problema para nosotros. Ellos tenían el dinero, nosotros teníamos ideas.

Fui a visitar a su oficina al amigo arquitecto. Se trata de un hombre bueno y de corazón de oro, de mi edad y calvo como yo. Le hablé de todo este asunto y le pregunté: *¿Te animarías a que le presentásemos en serio un proyecto de catedral a ese obispo?* Le dije que juntos le podríamos presentar una catedral moderna, algo nuevo, no una mera repetición de templos del pasado, no una mera copia de lo que ya existía.

Mi amigo conocía muy bien mis dibujos arquitectónicos, los había seguido año tras año. La idea le entusiasmó. Pero antes de ponernos a trabajar él y su equipo en ese proyecto durante, al menos, un mes, le comenté que convenía contactar con la curia de esa diócesis. Quizá ya habían tomado una decisión, quizá buscaban un templo con unas especificaciones muy concretas. Había que enterarse de qué presupuesto tenían en mente.

El arquitecto (el hombre bueno y de corazón de oro) contactó con la curia y le dijeron que no habían tomado ninguna decisión todavía porque todo estaba aún en fase discusión. Le pidieron su curriculum antes de darle más datos acerca del presupuesto y otros detalles. Lo envió pero, al cabo de poco tiempo, se le respondió desde la curia que buscaban un arquitecto con otro tipo de trayectoria. Reconocían que sus obras eran muy buenas, pero que él se había dedicado a construir iglesias modernas y ellos buscaban algo más clásico. La contestación fue muy cordial pero se trataba de una negativa rotunda.

La verdad es que tenían razón, mi amigo no era un precisamente un arquitecto clásico. Ante aquel muro con el que nos habíamos topado, comprendimos que era el final de nuestro proyecto. Siempre le había dicho a mi amigo que su modernismo le perdería.

Durante las semanas siguientes, sin embargo, seguí yo dándole vueltas a la idea de cómo haría yo el plano arquitectónico de una catedral moderna, un edificio propio del siglo XXI que no fuera una mera repetición de lo ya construido, algo que no fuera muy caro, adaptado a los ingresos anuales de una diócesis real y no imaginaria.

En mis ratos libres, reflexioné y reflexioné, dibujé una y otra vez bocetos y más bocetos. Tras varios meses, tuve claro qué proyecto es el que presentaría a un hipotético obispo que tuviera interés en hacer algo nuevo. Y esa idea es la que voy a exponer aquí. Un proyecto realista para las finanzas con las que cuenta una diócesis normal en un país anglosajón o germánico. Un edificio cuya primera fase se pueda construir en un plazo de tiempo entre cinco y siete años. Hay que ser realistas y entender que hoy día

resultaría impensable seguir pidiendo dinero a los fieles para levantar un templo cuya erección durase dos generaciones.

Pero me di cuenta de que un templo como el que había ideado requería de una serie de edificaciones anexas que lo convirtieran en una especie de pequeño micromundo. Y eso es lo que convertía a mi templo en un nuevo concepto de catedral. No se trataba de mera arquitectura, sino de un nuevo tipo de templo. Ese nuevo tipo de catedral requería necesariamente de una construcción que por sus dimensiones pudiera contener lo que aquí voy a explicar. Era el concepto nuevo el que precisaba de un nuevo tipo de construcción.

Y es eso lo que aquí se va a tratar de exponer: primero la arquitectura (la parte material) después los anexos (la parte humana). Alguien pensará que para describir un edificio se precisaría más bien de planos. Es lógico pensar así. Pero, al leer esta obra, se entenderá por qué este tipo de catedral se describe mejor con un libro que con una sucesión de dibujos. No es una mera cuestión de planos sino de nuevo concepto lo que hay que explicar.

## Primera fase: La nave industrial

Lo primero que hay que construir es una nave industrial de 100 metros de largo y 30 metros de ancho. Una nave perfectamente rectangular de paredes rectas, de techo plano sustentado por pilares metálicos. Pilares del grosor normal que encontramos en las naves industriales. Todo el rato me voy a referir en este escrito a esta primera construcción como la *nave industrial*, nombre no muy bello pero que hará que los lectores se hagan una idea visual más clara.

Cómo me gustaría que los lectores pudieran entrar en una gran nave industrial moderna vacía, recién construida, para hacerse una idea de la impresión tan colosal que ofrece. Las naves de este tipo siempre tienen elementos dentro o adosados a sus paredes, y raramente su techo es plano. Aquí hay que hacer el esfuerzo por imaginar la nave completamente vacía y sus paredes completamente lisas.

La nave lo ideal es que tuviera unas dimensiones generosas, por todo lo que se va a explicar después. Como mínimo debería tener 90 metros de largo y 30 de ancho. La Abadía de Westminster tiene 156 metros de longitud y 34 metros de ancho. Para mí, las dimensiones perfectas del templo que voy a describir deberían contar con algo más de anchura, 50 metros, para que formara un rectángulo de proporciones más equilibradas.

¿Qué altura debería tener esta nave? Debe tener como mínimo doce metros de altura, el equivalente a cuatro niveles de altura en un edificio normal de pisos. Tampoco convendría que tuviera más de seis pisos de altura, ya que distorsionaría un poco sus proporciones.

El interior de esa nave industrial nos dará el marco para ir construyendo en su interior durante decenios sin ninguna prisa, conforme se disponga del dinero. Si el marco es amplio, se podrán añadir elementos incluso durante generaciones.

Lo ideal es que la nave industrial en su exterior sea una forma geométrica perfecta del color de la piedra. Las paredes perfectamente lisas tienen su belleza. Casi no habrá ventanas al exterior, una única hilera en la parte superior con ventanas pequeñas y muy espaciadas, en forma de arco. El resto de la superficie de las paredes sólo muros lisos imitando colosales bloques de piedra. Un rectángulo perfecto, colosal, sin distorsiones en su forma. Este minimalismo exterior del edificio

sólo con paredes lisas le conferiría un aspecto sobrio y elegante, moderno y, al mismo tiempo, atemporal.

Serían muy pocas las ventanas en esos muros, porque la luz de la catedral entrará en el interior por más de varios centenares de lucernarios cuadrados pequeños situados en el techo. La catedral deberá estar sumida en una especie de penumbra. En la atmósfera del templo se dibujarán los haces provenientes de los lucernarios en las horas del mediodía.

La única razón para colocar esa hilera de pocas ventanas en las cuatro paredes de la catedral es para que, al comienzo de la mañana y al final de la tarde, el paso de las horas se observará en el movimiento de los haces de luz procedentes de las aberturas de las paredes. Si no fuera por eso, en las paredes no debería haber ni una sola ventana. Sin embargo, la traslación de esos haces luz será un espectáculo bellísimo visto desde el interior de la catedral.

El juego de luces dentro de la catedral será mimado desde el primer momento en que se planee este edificio, porque la luz tiene que ser la más grande belleza de este templo. Un tesoro inmaterial, cambiante, venido del cielo. No hará falta colocar ninguna vidriera; las cuales tampoco estorbarán. Pero la luz pura, blanca, penetrando nítida en el espacio vacío del templo debe ser por sí misma el mejor ornato de este espacio. Incluso al mediodía debe imperar una cierta penumbra en todo ese espacio sagrado. Un espacio cortado por centenares de pequeños haces rectilíneos procedentes de los lucernarios superiores.

Cada lucernario del techo será un cuadrado de un palmo de lado, de grueso vidrio, colocado horizontalmente sobre el suelo de la terraza superior. Serán fáciles de limpiar. Habrá que hacerlo, al menos, tres veces al año, para que la luz penetre de forma perfecta. En lugares como Europa, para preservar una determinada cantidad de luz dentro de la catedral, ni excesiva ni

demasiado deficiente, parte de ellos se podrán descubrir o tapar según la estación del año. En verano se pueden cubrir la mitad o incluso dos terceras partes de estas aberturas. Bastará con colocar encima una lámina lisa rígida que no se la lleve el viento. Mientras que en invierno se pueden descubrir todas las aberturas.

Todos los que conocen bien la Basílica de San Pedro en el Vaticano saben lo formidables que son los tres haces de luz penetrando con toda su fuerza en la nave central a cierta hora concreta de la tarde. Hay un momento preciso en que esos haces irrumpen en el espacio en penumbra de esa basílica. La catedral de San Abán no será un templo al que la luz lo embellezca. Sino que será un espacio pensado para enmarcar la luz. Para que la luz natural sea un motivo de meditación.

El techo de esta catedral, visto desde el interior, debería aparecer pintado completamente de negro, como el techo de la catedral católica de Westminster en Londres. El plan inicial era cubrir de mosaicos el techo de esa catedral londinense. Pero faltaron fondos para ello y tuvo que quedarse así durante muchos decenios. Con el tiempo mucha gente se ha dado cuenta de que esa oscuridad superior otorga mayor amplitud al templo.

La luz blanquísima cayendo en haces paralelos desde un techo completamente negro sería ya un verdadero espectáculo visual. Por eso deberá evitarse cualquier tipo de policromía en el techo. Incluso la medieval de color azul y estrellas. Dado que en este templo, incluso acabado, todo el techo estará a la vista del que esté en el interior, policromado crearía una sensación de agobio visual, de espacio demasiado lleno. El negro creará una impresión de serena amplitud. Como ejemplo, véase la catedral citada de Westminster.

Ya que se ha tocado en este momento el tema de la luz en la catedral, la iluminación artificial deberá ser poca e indirecta, de

manera que resalten las velas naturales y las lámparas de aceite colgantes allá donde se coloquen.

Levantar esa nave industrial será la primera fase de la catedral, la cual se podría construir de una sola vez en menos de un año. Una diócesis con un presupuesto normal bien puede construir una nave industrial de aspecto más que correcto (como el aquí descrito) y de tamaño considerable sin esquilmar los fondos diocesanos.

## Segunda fase: la cabecera

En esta catedral las bases de todos los elementos arquitectónicos (muros, capiteles, pilares, arcos, bóvedas) serán realizados con materiales muy duros hasta una altura de cuatro metros: hormigón, ladrillo, piedra artificial o cualquier otro material económico y muy duro. Pero, a partir de esa altura, todos los elementos arquitectónicos u ornamentales serán realizados en materiales tan baratos como los que se puedan utilizar en el decorado de una película: materiales parecidos al llamado corcho blanco, polímeros, resina de fibra de vidrio, poliestirenos y similares. Sustancias ligeras, fáciles de cortar, tallar o repetir en moldes. No se usarán cemento, ladrillos, cal o auténtica piedra que son más caros y que requieren de mucho más tiempo para ser trabajados.

Construir esos elementos en piedra o en materiales nobles no es que costase mucho, sencillamente supondría un gasto imposible. Esto que he expuesto, para muchos, será inaceptable. Pero hay que entender que se plantea la alternativa de tener una extensa catedral neomedieval tan impresionante como las antiguas pero realizada con materiales falsos, o querer hacerla con

materiales auténticos y no tenerla nunca. Ésa es la alternativa. Cualquier vía intermedia seguirían siendo demasiado costosa.

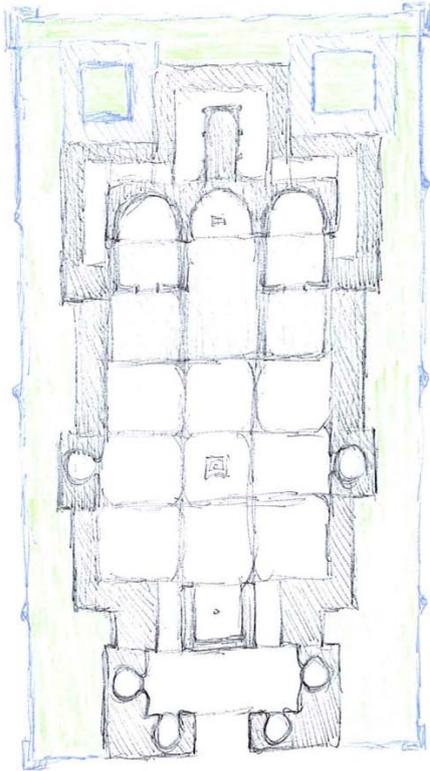
Alguien objetará que, en realidad, lo que se estará construyendo entonces será un gran decorado. Sí, no me importa reconocerlo, de cuatro metros para arriba todo será un gigantesco decorado.

Un buen ejemplo de lo bien que se puede reproducir cualquier obra de arte son las fallas de Valencia o los decorados de algunas películas y series sobre la época clásica y medieval. De esta manera, se puede rápidamente dotar a la catedral con todos los elementos necesarios de un modo económico. Habrá que formar a un pequeñísimo equipo de tres o cuatro personas para que aprendan la técnica y, una vez aprendida, sigan trabajando de forma permanente en la catedral los años que sean necesarios. Será el trabajo de pocas personas pero continuo.

Se trata de hacer magníficas reproducciones a sabiendas de que no van a ser tocadas por mano alguna para comprobar su resistencia ni va a caer lluvia sobre ellas. De esa manera se podrán reproducir (como en las fallas de Valencia) en el atrio de la catedral, por ejemplo, las capillas de la Catedral de San Basilio en Moscú, o el coro de los canónigos el trascoro de la Catedral de Canterbury. Se trata de conseguir a uno, dos o tres artesanos que con paciencia y sin prisas vayan reproduciendo con amor al detalle obras ya existentes. Habría que delimitar un espacio dentro de la misma catedral para que esos artesanos trabajen a su ritmo cerca de los lugares donde se van colocando las cosas.

Los frescos de la catedral, todos los ornamentos pictóricos, se harán con toda calidad y minuciosidad sobre papel en la comodidad del estudio del artista. Lo que se colocará sobre las paredes serán siempre reproducciones fotográficas. Trabajar a tamaño pequeño y en el estudio acelerará y abaratará el proceso.

Lo dicho antes para los elementos que imitan la piedra se repite: un solo artista con entusiasmo, dotado de verdadero arte, bastará para suplir de todas las pinturas necesarias a la entera catedral. La parte pictórica irá tan rápida que sólo se necesitará a un artista que trabaje a tiempo parcial.



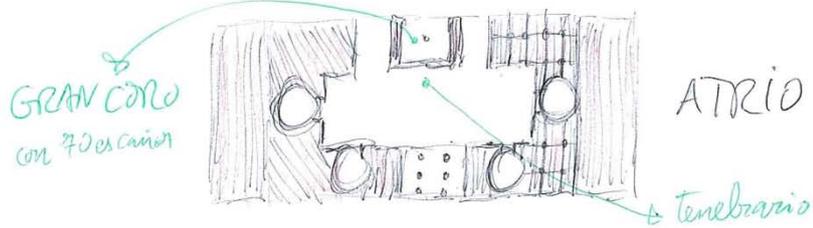
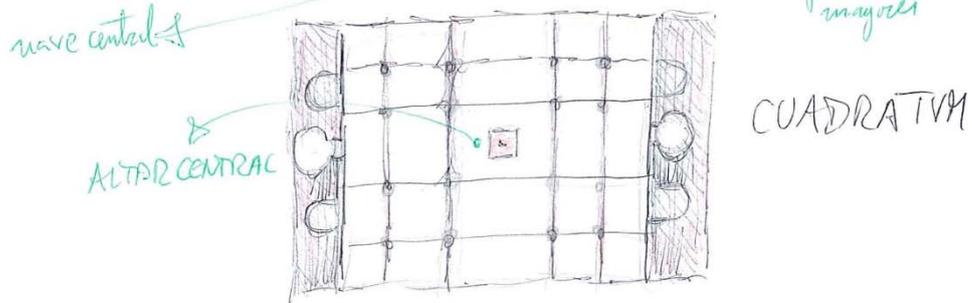
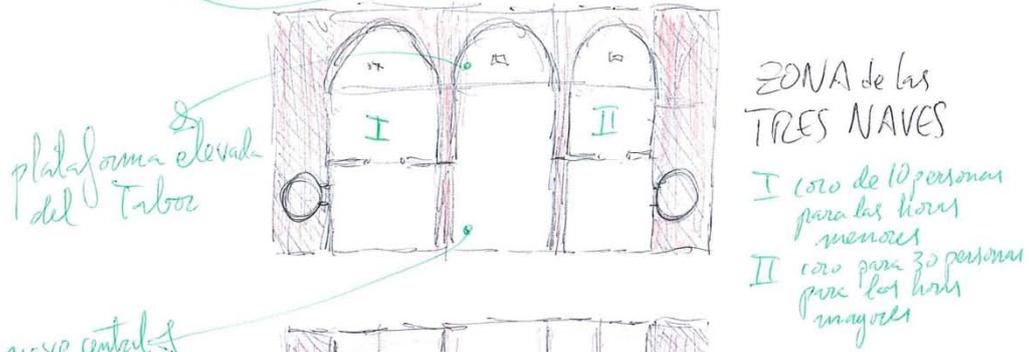
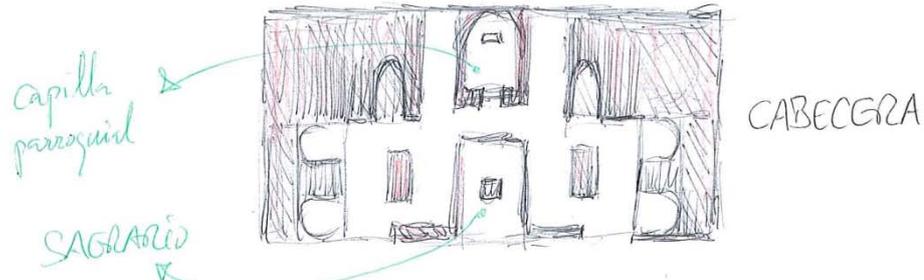
El estilo del interior del templo debe estar dotado perfecta unidad. Yo me he decantado, desde el principio de esta obra, sin ninguna duda por un estilo que podríamos llamar neomedieval: una mezcla armoniosa de elementos románicos y góticos. Bastará escoger a un artista o unos pocos entre cientos y después darle libertad para que haga la obra de su vida. Este tipo de artistas existen y nada les haría más felices que el que se les encargase una obra así. Una catedral como ésta es el sueño de alguien que vive para el arte. Eso sí, estos artistas deben estar bien supervisados, a su vez, por un equipo de artistas entusiastas del proyecto.

¿Cuánto dinero costará levantar capillas, naves y todos los ornatos y elementos arquitectónicos de la catedral? Realmente no más de lo que cuestan los materiales y el sueldo de los que levantan las fallas de Valencia, algo equivalente a los decorados de la película *Ágora* o a lo que costaron los falsos edificios del parque temático Port Aventura. Buen ejemplo de lo económicas pero magníficas que pueden salir estas reproducciones son la sala de las reproducciones del Victoria and Albert Museum en Londres y el Museo de la Arquitectura en París.

Una vez construida la nave industrial, el siguiente paso sería dividir el interior de ese espacio en cuatro partes, las cuales serían de las mismas dimensiones. E ir desarrollando cada una de esas partes sin prisas según se vaya consiguiendo el dinero. Una de las ventajas de ir desarrollando una catedral en el interior de una nave vacía es que puedes empezar por donde quieras, no tienes por qué seguir necesariamente el orden habitual de comenzar desde la girola hacia los pies del templo. Puedes empezar por una capilla lateral o por su mismísimo punto central.

Sin embargo, después de darle vueltas a la cuestión de cuál sería el mejor orden para el desarrollo de esta catedral pienso que lo mejor sería empezar del modo clásico por la girola y acabar por el atrio. ¿Por qué? Pues por varias razones, pero una de ellas es porque algo que, desde el principio, puede atraer a muchos adoradores cada día es el Gran Sagrario de la catedral situado en el centro de la girola.

Todos las capillas, naves y demás secciones de la catedral tendrán los muros y pilares propias de cualquier catedral, pero sin techo. Los muros se elevarán hasta cierta altura, se interrumpirán y dejarán ver el techo oscuro de la nave industrial.



## La girola

Dentro del rectángulo que forma la planta de la catedral, se creará un espacio como la Capilla de San Eduardo el Confesor de la Abadía de Westminster. Estará algo elevada como la capilla de la abadía original. Pero donde está la tumba del rey en el templo londinense, en el nuevo templo estará el Gran Sagrario de la catedral. Lo llamo Gran Sagrario porque cuando la catedral esté acabada las distancias serán tan grandes que convendrá que haya un sagrario, por lo menos, en otras dos capillas más. Pero éste primero será el sagrario más magnífico del templo. Alrededor del sagrario, habrá asientos para cincuenta personas sentadas con mucho espacio entre ellas.

El Gran Sagrario será una obra de arte tal que ya de por sí ejercerá un gran poder de atracción sobre los fieles y más todavía en una catedral en construcción; pues a la gente le gusta ver cómo se construye un edificio. La gente no podrá pasar a la zona de las obras, pero sí que se podrá asomar a una especie de balconcito elevado para, desde esa altura, ver cómo van progresando los trabajos. Aunque sí que se podrán hacer, por parte de las parroquias, visitas guiadas. Será muy interesante ver cómo se va erigiendo esta edificación del siglo XXI. Y este lugar de culto tiene que ser símbolo del entusiasmo de toda una diócesis por ofrecer a Dios algo grande.

En el mismo eje del espacio elevado donde se emplaza el sagrario, siguiendo el ejemplo de la Abadía de Westminster, estará la primera capilla de la catedral que será el espacio habilitado como parroquia. Esta capilla estará situada en el mismo lugar que la capilla de Enrique VII en la abadía londinense.

Esta capilla, insisto, no estará fuera de la nave industrial, sino dentro de ésta. Sólo se construirán los muros, sin techo. En

esta primera capilla, donde cabrán unas doscientas personas, tendrá lugar toda la vida parroquial en un primer momento. La parte en obras estará totalmente aislada de esta primera zona abierta al culto.

En la girola, en un primer momento, sólo se abriría la entrada a la capilla parroquial y a la capilla del sagrario. El resto de capillas menores de esa zona del templo se irán construyendo muy lentamente en el futuro. Por el momento, las paredes de la girola sólo ofrecerán a la vista muros cerrados.

## El Gran Sagrario

El sagrario tendrá las dimensiones del Arca de la Alianza sólo que coronada por un empinado tejado de doble vertiente que le dará un aire de arca gótica. Esta arca estará cubierta por figuras esculpidas, relieves e inscripciones de la Biblia. Su tejado estará cubierto con cuatro capas de telas de lana y seda, estampadas y con brocados. Cada capa será más corta que la anterior, para que se puedan ver las telas que hay debajo.

En vez de la puerta, habrá un icono con el rostro de Cristo. Este icono no será una puerta con bisagras, sino que se moverá para simbolizar que es como la piedra que tapaba el sepulcro de la Resurrección. Una vez corrido este icono hacia un lado, se verá que dentro hay una *domus aurea*, un arca más pequeña recubierta de pan de oro, figuras angélicas y versículos del Evangelio.

Esta arqueta estará cubierta, a su vez, por tres capas de telas blancas y puntillas que la cubrirán hasta algo la mitad de sus paredes. En la puerta de dos hojas de esta arqueta se representa a María con el Niño sobre su regazo.

Al abrir la puerta-icón, se ve que hay espacio para cuatro copones. Es grande esa arqueta porque en la catedral pueden sobrar muchas formas tras una gran celebración. Aunque si sobrarán muchas más, se podrán colocar en el interior del primer arca. Con lo cual habría espacio, en total, para más de doce copones.

Pero normalmente dentro de la arqueta habrá sólo dos copones. Uno tendrá forma del Sagrado Corazón y otro con forma del Inmaculado Corazón de María. El segundo vaso sagrado representa a María llena de Cristo.

En el centro de la arqueta, hay un pequeño tríptico de un palmo de longitud. Si se abren sus dos puertecitas (enteramente cubiertas de partes del Prólogo de San Juan), se ve que en reverso de las hojas hay dos ángeles. En el centro del tríptico, estará colocado el viril de una custodia. Normalmente, las puertas de este pequeño tríptico no sólo estarán abiertas, sino que, además, una débil luz alumbrará la forma consagrada allí enmarcada.

De manera que si hay muchos adoradores, el sacerdote podrá retirar el icón del rostro de Jesús, podrá abrir la puerta de la arqueta, y los adoradores podrán ver iluminado en el mismo centro del sagrario el misterio de la Eucaristía. El sagrario nos mostrará en su seno a Jesús.

El otro lado del sagrario tendrá una tabla de las dimensiones exactas del propiciatorio del Arca de la Alianza. El propiciatorio del Antiguo Testamento era símbolo de Jesucristo verdadera propiciación por nuestros pecados. Por eso en esa tabla habrá una representación del Hijo del Hombre en el momento de la Resurrección en el sepulcro. El sagrario así concebido simboliza el sepulcro de Cristo donde resucitó. Es decir, con esa tabla se

quiere dejar claro visualmente que dentro del sagrario está Cristo resucitado. En el lugar de la Resurrección no está Cristo, es sólo un lugar. Pero en el sagrario es el lugar donde está Cristo Resucitado.

La pintura de esta tabla es más románica que anatómicamente perfecta. No sólo para que la imagen de su cuerpo llene lo más posible esa tapa, sino también para que el pecho del Cristo representado esté situado en la parte central del propiciatorio. Y en ese pecho hay dos puertas pequeñas que tienen pintado un sagrado corazón de aspecto arcaico que conjuga con el estilo románico del Cristo pintado sobre la tapa. Esas dos puertecitas juntas no sólo tienen pintado un corazón sino que, además, tienen el tamaño de un corazón humano real.

Si esas puertas se dejan completamente abiertas, como si fueran un pequeño tríptico, se ve la parte de atrás de la arqueta dorada, la *domus aurea*, del interior del arca. Sobre la pared de esa arqueta hay un sagrado corazón de plata. Una tenue luz ilumina ese corazón de plata en el interior oscuro del arca gótica. Abrir las dos puertecitas del propiciatorio será como poder ver el interior del pecho de Cristo, como asomarse al Corazón de Jesús. Y esto no será mera poesía, realmente detrás de ese corazón de plata iluminado estará el verdadero corazón de Jesús.

Para lograr eso hay que calcular las alturas para que el centro de la parte de atrás de la arqueta coincida con el centro de las dos puertecitas que, a su vez, deben estar en el centro del propiciatorio. Todo esto requiere un exquisito cálculo de las medidas. Esas puertecitas del propiciatorio no tendrán llave. Así cualquier sacerdote o acólito de la catedral podrá abrirlas si lo desea para mostrarlas a los adoradores. Todas las noches, al cerrar la catedral, se cerrarán esas puertecitas del propiciatorio. Al día siguiente, el adorador que lo desee podrá abrirlas.

De esta manera, el sagrario tendrá asientos para la adoración por todo su alrededor. Habrá gente que preferirá estar sentada en la parte delantera, ante el icono del rostro de Cristo. Icono que dará la sensación de estar hablando ante Él. Otros preferirán más intimidad en la parte de atrás ante su corazón. A ciertas horas del día, el icono se retirará y se abrirá la puerta de la arqueta para ver su seno más profundo.

Pero no conviene que todo el día esté la puerta del sagrario abierta. Así se valorarán más los momentos previstos para abrirla. El resto del tiempo, la gente se colocará en cualquiera de los asientos alrededor del sagrario. Lo cual recuerda al Trono del Cordero con los santos sentados a su alrededor. El arca gótica estará sobre una mesa de mármol sustentada por nueve pilares románicos.

Para reforzar el simbolismo de que el propiciatorio es símbolo de la corporalidad del Verbo Encarnado, cada Jueves Santo el propiciatorio se extraerá de su sitio en el arca y se colocará sobre el altar mayor de la catedral. Se cubrirá con tres manteles blancos de menores dimensiones que los del altar. Y sobre él se situarán la patena y el cáliz. Así se completará el simbolismo del propiciatorio como el lugar el que ha tenido lugar el sacrificio de la Cruz.

Y el Viernes Santo el deán aspergerá su superficie con el agua en la que se hayan enjugado por primera vez los purificadores utilizados en la misa. En el Antiguo Testamento, el Sumo Sacerdote una vez al año aspergía con la sangre del cordero sacrificado el propiciatorio, simbolizando con eso la sangre que iba a derramarse sobre el cuerpo del Mesías. Con esta acción se completará el simbolismo del que estoy hablando: el propiciatorio del Arca de la Alianza simbolizaba a Cristo.

El propiciatorio del sagrario se retirará de su lugar desde el Jueves Santo para usarlo en la celebración de la Cena Pascual. Y estará retirado de su lugar todo el Viernes Santo y el Sábado Santo. Durante ese tiempo, esta tabla se colocará en lugar accesible para que los fieles puedan besar este símbolo de Cristo. Se favorecerá esta devoción para que todo el año el sagrario tenga sobre sus mismas paredes los millares de besos colocados en esos días sobre su superficie. Y, especialmente, el Sábado Santo será como decir: no tenemos el Cuerpo Cristo, pero tenemos su icono.

Hasta la Vigilia Pascual, el gran sagrario permanecerá vacío, abierto por delante y detrás, sin las telas que lo cubren y sin el propiciatorio, con lo cual estará abierto por la parte de atrás. Todo esto para simbolizar la ausencia de la presencia de Cristo. La arqueta de oro no tiene puertas por la parte de detrás. Pero ésta también aparecerá desnuda de sus telas como el arca grande en cuyo interior está situada.

Otro aspecto de esta capilla del sagrario serán los perfumes y el incienso. Determinados días se colocarán en el suelo ante el sagrario unos recipientes que perfumarán el ambiente con diversas esencias; otros días se colocará ante el arca incienso. Durante las horas diurnas, no habrá ni una sola luz artificial en esa capilla, sólo luz natural. En cuanto la luz del día se debilite, se encenderán las lámparas que colgarán allí.

Todo este culto alrededor del sagrario será tan intenso que, desde su mismo comienzo, se dejará claro que no es que en la catedral haya un sagrario, sino que se ha construido una catedral para contener el sagrario. Por eso, ésta será la primera capilla en ser comenzada y en ser acabada.

Alguien podría decir que el altar también tiene su importancia. Eso es indudable, por eso el propiciatorio en esta arca trata de unir esos dos símbolos del sagrario y el altar.

El Gran Sagrario que se colocará en la girola será de materiales económicos dado que nadie lo va a tocar y que, en ese momento, la diócesis ya estará haciendo un gran esfuerzo económico para levantar la catedral. Después, poco a poco, sin prisas, cuando se considere oportuno, se irá fabricando el sagrario definitivo con mármoles, oro, marfil y los mejores materiales. De manera que el primer sagrario sea como el proyecto del definitivo. El primer sagrario realizado en materiales sencillos y económicos será dejado en el museo de la catedral para explicar todo su simbolismo a los turistas.

## El museo y la rectoría

En el perímetro de la catedral, se levantará un edificio completamente pegado a los muros de la nave industrial. En ese edificio estarán el museo y la rectoría, además de los salones parroquiales y una zona de cuartos de aseo. En total, un edificio de cuatro plantas. El primero de los edificios que se colocarán formando una unidad, como si fueran uno solo rodeando el perímetro de la catedral, como si fueran sus muros.

La estética exterior de este edificio será más bien medieval, o mejor dicho una cosa entre lo medieval y un minimalismo ajeno a cualquier tipo de falso ornamento. Todas sus ventanas tendrán forma de arco de medio punto. Estas ventanas se abrirán en los muros de aspecto pétreo de la catedral.

Con este primer edificio no se rodeará ni un 5% del perímetro de la catedral. Esta tarea se irá realizando, poco a poco, a lo largo de muchos años. Esta primera construcción será sólo la primera fase. No pasa nada porque en unas zonas del perímetro los muros-edificio sean más gruesos o más altos; todo ello redundará a favor de la complejidad visual de la catedral. Esta serie de edificaciones perimetrales conformarán una unidad, pero darán una impresión de diversidad y complejidad; lo mismo que los muros de una catedral gótica medieval.

En esa primera fase de construcción en los muros, se situaría un amplio museo que mostrase todos los dibujos y maquetas de lo que se está proyectado que sea la catedral futura. Indudablemente serían muchas las parroquias que organizarían visitas en grupos a este museo. Desde el primer día de la apertura de esta exposición, los visitantes podrán ver con todo detalle cómo quedará al final el proyecto. Además, el museo ofrecerá una explicación óptima de lo que es una catedral. Ese museo debe convertirse en el mejor museo posible de la nación para explicar qué es una catedral, y dar esa explicación del modo más bello posible.

Encima del museo estará situada la rectoría de la catedral. La catedral comenzará con una capilla que funcionará a todos los efectos como la parroquia de los territorios de alrededor. En esta primera fase, el clero catedralicio estará formado por un párroco y por dos sacerdotes que puedan trabajar a tiempo parcial porque estén estudiando o porque tengan otras labores pastorales a tiempo parcial. Otra posibilidad sería enviar allí a dos sacerdotes ya ancianos que sólo puedan ofrecer una pequeña ayuda por su estado de salud.

Será conveniente comenzar con tres sacerdotes porque aunque, al principio, poco trabajo van a tener la parroquia, desde el primer día que se abra al culto la capilla parroquial se rezará

allí cada día el oficio divino con cierta solemnidad y los confesionarios estén atendidos.

Otra planta estaría dedicada a salones parroquiales. La planta baja tendrá un gran vestíbulo y cuartos de aseo.

## Las tres naves

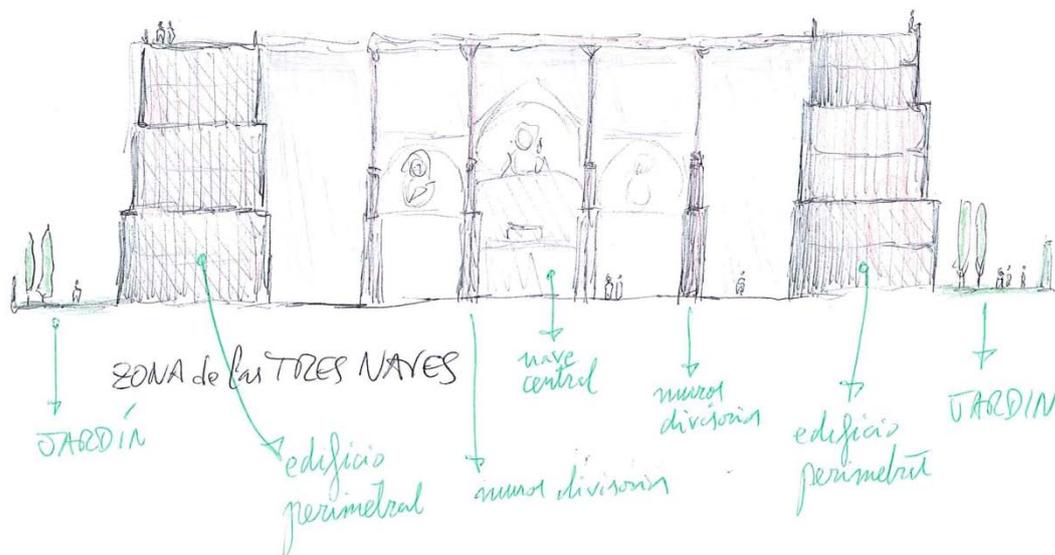
Acabada la girola de de la catedral (con el sagrario y la capilla parroquial) se continuará con una zona de tres naves que será una réplica exacta de la insuperable catedral de Monreale, situada en Sicilia. Las naves de esa catedral no son muy anchas ni tampoco muy altas. Pero las proporciones son tan magistrales que ofrecen una impresión de grandiosidad mucho mayor de lo que realmente son sus dimensiones. Todos los mosaicos de la catedral original serían reproducciones fotográficas.

Como ya se dijo antes, la altura de los muros de estas naves no llegará al techo. Sus columnas y elementos arquitectónicos se detendrían a diez metros de altura. Aparecerían como una catedral a la que se le hubiera quitado la bóveda. Las naves estarían abiertas al techo de la nave industrial.

Sobre la cabecera de las tres naves, es el único lugar donde excepcionalmente sí que habrá un pequeño techo igual exactamente que el que tienen las naves de la catedral de Monreale. Se podrá ascender a la plataforma que forman esos techos por una escalera que recorrerá el muro interno de la catedral hasta llegar a ese espacio elevado llamado Monte Tabor. Un pequeño puentecillo de piedra unirá el muro de la catedral con la zona central superior sobre la cabecera de las naves.

Se le llama Monte Tabor, porque allí habrá una pequeña capilla para retirarse a orar en soledad. Habrá quietud y retiro porque el único modo para acceder allí será esa larga escalera de cuatro pisos de altura. La escalera amplia y monumental estará integrada en el edificio del perímetro. Se abrirá a la catedral por medio de arcos que en realidad serán los pilares del edificio anexo al templo.

La pequeña capilla constará únicamente de un pequeño sagrario y de un tríptico de tres metros de altura, con dos bancos para sentarse. El tríptico gótico representará a Jesús con Moisés, Elías y los tres apóstoles. Éste será el lugar más retirado de la catedral, para aquellos que quieran hacer la oración a solas.



Una vez acabadas las tres naves se podrá realizar la consagración de la catedral. La zona de la girola y la de las tres naves no llenarán más de dos cuartas partes del templo. Pero con estas dos zonas acabadas habrá marco suficiente para las grandes liturgias episcopales. Acometiendo el resto de obras con la tranquilidad de ya tener una catedral.

Al mismo tiempo que se ha ido construyendo esta zona de las tres naves, se irá edificando en el perímetro la residencia del obispo. Será muy conveniente acometer tal construcción en esta fase, porque la presencia del obispo en su catedral dará vida al templo. Si vive allí, el obispo puede celebrar misa diariamente en la catedral, bien sea una misa sin pueblo, bien a una hora determinada con asistencia de fieles. Pero resulta indudable que la presencia del obispo infundirá vida al edificio. Además, la celebración de misas, los confesionarios, se verán enriquecidos por la presencia no sólo del obispo sino también de su secretario. Acabada su residencia, de hecho, la catedral contará con dos clérigos más.

La superficie de la residencia del obispo será el equivalente a la superficie de tres pisos. No contará con ningún lujo. Un comedor pequeño, otro para las comidas formales con invitados con una mesa donde quepan una veintena de comensales. Dos dormitorios para invitados, un despacho, una sala de reuniones y poco más.

Para darle más dignidad a esta residencia, los techos serán altos, el doble de lo normal y cubiertos con bóvedas de crucería: meras cubiertas de material de fibra de vidrio fabricadas en serie en el taller de la catedral. El plano de la residencia situará las paredes y muros teniendo en cuenta que hay que organizar el espacio en cuadrados todos de las mismas dimensiones para que encajen esas cubiertas.

Esas bóvedas se colocarán como piezas de un mecano, pueden ir incluso atornilladas. Por eso, antes de colocarlas, en el taller se les podría imprimir algún tipo de pintura. De forma que buena parte de los techos de la residencia episcopal tuviera sus bóvedas cubiertas con apariencia de frescos. Sería algo estéticamente muy impresionante, pero para nada caro.

La residencia episcopal será de unos trescientos metros cuadrados, no debe ser más pequeña pues ha de contener una sala de reuniones para unas veinte personas y un gran comedor. La residencia episcopal ocuparía una planta de esta nueva fase de construcción perimetral. Sería éste un buen momento, para construir una o dos plantas más con la idea de ir trasladando paulatinamente oficinas de la curia diocesana a la catedral. La razón de ese traslado lento y sin prisas a este edificio es que si los sacerdotes trabajan allí, puedan participar con facilidad del culto catedralicio en el coro.

Puede parecer una razón sin mucha entidad, pero si todos los días esos sacerdotes, a las 12.00 del mediodía, entran en procesión a rezar la hora sexta, el tiempo dará la razón de que ya sólo por esto valía la pena el traslado: la gloria de Dios en su templo. Será menos de un cuarto de hora, una inversión de tiempo muy pequeña, pero que todo el clero curial se reúna en la catedral para honrar a Dios todos juntos, tendrá grandes beneficios sobre el obispado. Todos los laicos que trabajan en el obispado también se sentarán en el coro revestidos con una toga académica como los *gowns* de las universidades inglesas.

Todos los curiales (clérigos y laicos) entrarán en procesión, precedidos por una cruz procesional. Los sacerdotes revestidos con sotana y roquete, presididos por un sacerdote revestido con capa pluvial y flanqueado por dos acólitos con alba. Acostumbrar a los curiales a rezar la hora canónica en un coro con gran solemnidad sería toda una gran pedagogía para ellos mismos acerca de que su trabajo no es sólo la labor que realizan en sus despachos, sino también la oración.

Por supuesto que no estoy diciendo que se traslade de golpe a toda la curia. Sino que, poco a poco, se vayan mudando los

departamentos, sin ninguna prisa, aunque se necesiten diez años o más. Pero fácilmente al cabo de cinco años de comenzar las obras de la catedral, será fácil que haya, por lo menos, diez sacerdotes en el coro, entre el clero catedralicio y los curiales. Eso ya dará una gran dignidad a celebración de la hora sexta.

## El espacio medio

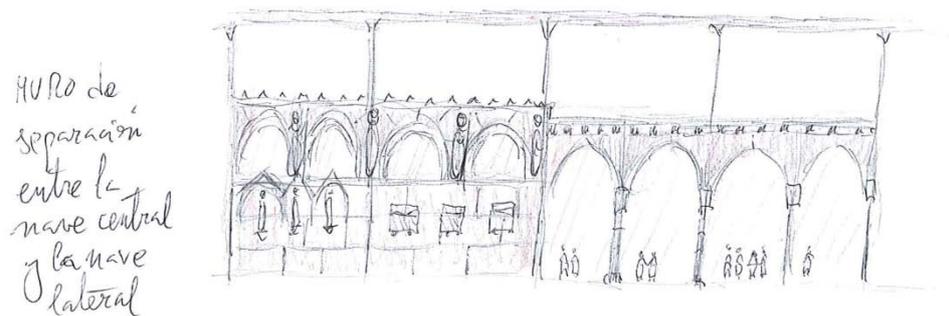
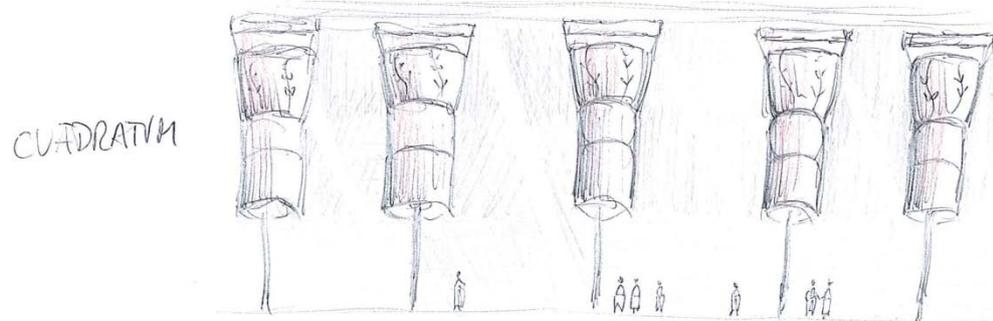
El llamado *espacio medio* también llamado *cuadratum* será una zona de las más fáciles, rápidas y económicas de llevar a cabo. Ocupará una cuarta parte de la superficie de la catedral y servirá para las misas en las que se espere una gran concurrencia de fieles. Será un gran cuadrado de treinta metros de longitud con pilares situados regularmente sobre una cuadrícula imaginaria. Habrá un altar sobre un amplio presbiterio de mármol en el centro del cuadrado que formará este espacio.

Si hasta ahora todos los elementos arquitectónicos llegaban como máximo a nueve metros de altura, como el caso de las tres naves, en el espacio medio es al revés: los pilares son delgados, reducidos a su mínima estructura sin más aditamento, hasta la mitad de su altura. A partir de esa altura, arrancan pilares redondos de tres metros de diámetro coronados por capiteles románicos con motivos vegetales. Esos colosales pilares parecerá que hayan sido cortados a la mitad para no impedir la visión del altar mayor.

La impresión visual que ofrecerá este espacio es el de un bosque de gruesos pilares de piedra dignos de una catedral románica. Y esa es la razón de la inversión del patrón arquitectónico usado hasta ahora: no entorpecer la visión del altar central.

El altar durante las misas tendrá asientos alrededor de su presbiterio de mármol para más de un millar de personas. Pero durante el resto de la semana, esos asientos se retirarán para dejar ese espacio en la belleza de su desnudez arquitectónica.

Para que no haya problemas en la denominación, al altar de la nave central se le llamará *altar mayor*; y al altar de este nuevo espacio se le llamará *altar central*.



Con esta presencia de clero trabajando en las oficinas de la curia y algunos de ellos viviendo en la catedral, fácilmente cada día habrá unas seis misas repartidas a distintas horas del día. Por lo menos, habrá tres misas por la mañana y otras tres por la tarde. Más una misa mayor de una gran solemnidad y asistencia de acólitos, concelebrada por, al menos, tres sacerdotes. Esta misa será por la tarde para facilitar la mayor asistencia posible. Será como tener un gran pontifical cada día, aunque sea celebrada únicamente por presbíteros.

En principio, las misas de diario tendrán lugar en las distintas capillas de la catedral. Pero la misa mayor se celebrará en el altar mayor. Los domingos la afluencia de gente acabará por no caber en la nave central, así que las misas se celebrarán en el cuadratum.

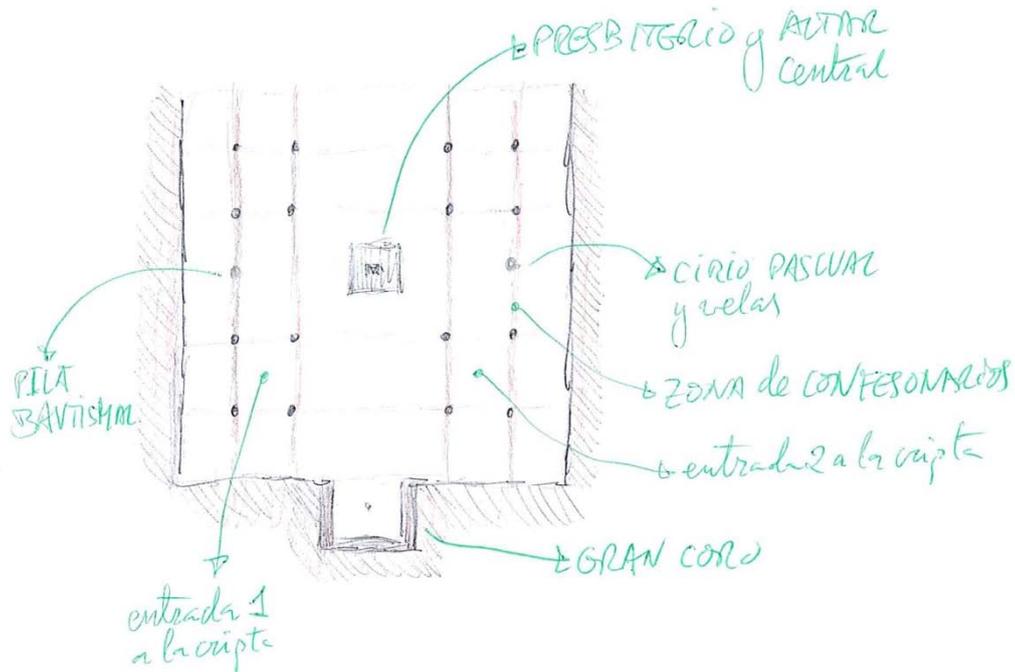
La construcción de este espacio medio se llevará a cabo a través de las siguientes fases:

1. La cripta
2. Los pilares suspendidos
3. El presbiterio del altar central
4. El coro de los canónigos

Aunque, sin duda, habrá muchas opiniones acerca de dónde colocar el cirio pascual. Finalmente, me inclino por colocarlo en el cuadratum en el lugar opuesto y simétrico a la pila bautismal. Sobre un pequeño pedestal de piedra rodeado de unas veinte o treinta velas situadas en el suelo. Estas velas proceden de las que los fieles colocan en el atrio ante los santos. Allí habrá suficientes para recolocarlas en algunos lugares de la catedral. Un aviso en la página web de la catedral ya advierte que las velas podrán ser recolocadas por el personal en otros lugares. No sólo eso, las velas se pueden apagar y guardar en días de mucha afluencia de fieles, y encender en días en que hay muchas menos visitas.

El cirio pascual y las velas colocadas alrededor de éste se encienden siempre en cuanto la luz se amortigua en el interior de la catedral a eso de la hora nona. Situado en ese lugar del cuadratum donde no hay más elementos, el cirio cobra un mayor protagonismo. El otro lugar donde se podía haber colado el cirio era en el eje longitudinal de la catedral entre el coro y el presbiterio. Pero me decanto por un lugar más vacío, aunque sea lateral, porque es cierto que en el eje central de la catedral ya

grandes elementos que le quitarían protagonismo. Mientras que en un lateral del cuadratum, el cirio se convierte en un elemento central en medio de un espacio vacío. Además, así se restablece la simetría: a un lado del espacio central, la pila bautismal; al otro, el cirio.



## La cripta

Como esta parte será rápida y económica de realizar, el presupuesto de dos o tres años se podría emplear no sólo en el edificio perimetral sino también en acabar la cripta de la catedral. Digo *acabar* porque, al construir la nave industrial, en la primera fase, hay que realizar la situación de la cripta, dado que los pilares de la nave deben tener en cuenta la profundidad de esta construcción subterránea para la cimentación de los pilares. Por eso, el hueco de la cripta estará hecho ya desde la primera fase. Una vez acabada la cripta, se la puede techar hasta que la construcción de la catedral alcance la fase en que se ocupen de ella.

La cripta abovedada, con muros de seis metros de altura, tendrá en su parte central de su red de galerías una capilla. Será alrededor de esta capilla que se creará un pequeño pero verdadero laberinto subterráneo. En un primer momento, durante la primera fase, la de la construcción de la nave industrial, esa zona subterránea será diáfana. Será después, durante la construcción del cuadratum cuando se decidirá cómo se va abovedando y abriendo el acceso al público. Una pequeña parte se abrirá al público y otra seguirá clausurada tras los muros de la cripta, hasta que la parte abierta ya esté llena de sepulcros, nichos y columbarios.

Colocar las urnas con las cenizas en la catedral no requiere ningún permiso municipal, porque se trata de materia inorgánica. Quizá pueda haber alguna excepción en algún municipio con reglamentos especiales. Pero lo normal, en todos los países, es que no requiera permiso alguno. Sin embargo, colocar ataúdes con cuerpos sí que requerirá de un permiso municipal expreso.

Si se logra tal permiso, la catedral podrá ofrecer la posibilidad de enterrar en arcas de estilo gótico o, incluso, en sarcófagos con estatuas yacentes sobre sus cubiertas. Su realización correrá a cargo del equipo de artesanos de la catedral. Se intentará que los precios sean lo más bajos posible, para favorecer el que los cristianos traigan a sus difuntos a ese lugar sacro de descanso.

Al principio, hasta que se cree una cierta costumbre, será una buena idea, incluso, ofrecer gratuitamente a los fieles de la diócesis la posibilidad de colocar allí las urnas con las cenizas de los familiares. Así las paredes desnudas de la catedral se irán enriqueciendo estéticamente con esas arcas góticas. Aunque esto no sólo es estética, la catedral es el lugar donde también reposan los que esperan la resurrección del Juicio Final. El que haya

muchos difuntos descansando en el templo completará el simbolismo de la catedral como lugar donde se encuentran los vivos, los difuntos y los ángeles.

Probablemente este ofrecimiento de la diócesis tendrá éxito si la gente ve la belleza de esas arcas, lápidas en el suelo e, incluso, algunos sarcófagos con esculturas, y la demanda crecerá siendo necesario ir pidiendo cada vez más dinero para enterrarse en la catedral. Pero se intentará pedir lo menos posible, porque resulta muy bonito en las catedrales como todo el suelo acaba cubierto por lápidas, y las paredes acaban recubiertas de sepulcros. Las tumbas, al estar a poca altura, sí que tendrán que ser de verdadera piedra.

Las tumbas deberían estar, por tanto, en la parte subterránea de la catedral y en la superior. En la parte superior sería mejor que estuviesen las más bellas, y en el laberinto subterráneo las más sencillas. Algunos se preguntarán por qué la cripta tiene que ser un espacio laberíntico. La razón se halla en la concepción de la catedral como un microcosmos. La cripta es símbolo de las moradas oscuras del inframundo donde se hallan los muertos, un lugar misterioso frente a la luz del cielo, un lugar oscuro frente al gozo alrededor del Trono del Cordero.

Sin duda la cripta dota al templo de un lugar de gran misterio. Una gran catedral no son meramente cuatro paredes donde la gente se reúne a orar. Hasta los no cristianos reconocen que una catedral medieval tiene esta faceta estéticamente tan atractiva. Por eso, lo ideal es que haya algún lugar de la cripta que incluso tenga un nivel por debajo del primer nivel subterráneo. Es decir, que la cripta, en alguna de sus partes, tenga dos niveles. La zona por debajo de la capilla de la cripta puede ser la más propicia para ello.

Para evitar el vandalismo, quizá sólo las galerías de la cripta deban estar abiertas, cerrando con verjas las estancias con tumbas. Desde esas verjas, se vería el interior, pero sin poder pasar adentro. De otra manera será imposible impedir la aparición de pintadas, grafitis y actos vandálicos. Las galerías si son de hormigón o de piedra artificial difícilmente podrán ser vandalizadas. Bastará con pintar encima de vez en cuando. Lo mismo vale para el resto de la catedral: este diseño hace difícil que haya desperfectos que no se puedan reparar con una capa de pintura encima.

La cripta tiene, por tanto, dos posibilidades: ser de libre acceso, pero con los habitáculos cerrados por verjas, o estar sin verjas pero sólo poder entrar con una visita guiada. Una tercera posibilidad podría ser que haya una parte cerrada con verjas y otra que sólo se pueda visitar con guía.

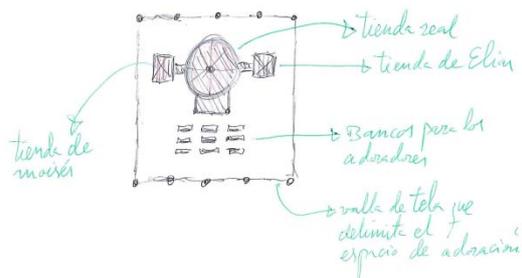
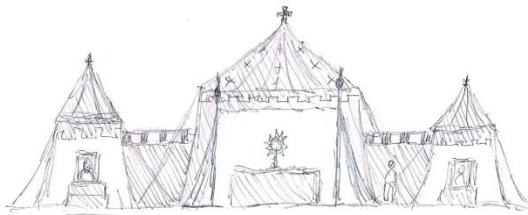
## La Tienda Real

Durante la semana, el espacio central no quedará sin uso. Dado que el altar central será como el corazón de la catedral, se colocará allí la custodia expuesta todo el día haciendo turnos de adoradores. Si tan poca devoción hubiera en esa ciudad, se podría comenzar por cuatro horas por la mañana y otras cuatro por la tarde.

Los adoradores, sentados en medio del cuadratum y con visitantes andando ese espacio central, fácilmente se distraerían. Para evitar eso, se colocarán unos postes que sostendrán unas telas de unos cuatro metros de altura que harán la función de aislamiento del resto del cuadratum. Esas telas formarán una

planta cuadrada. Será como el área que delimitaba la Tienda de la Reunión.

Con el tiempo se podrá colocar aquí una especie de tienda circular real con telas suntuosas, telas estampadas, de seda, brocados. El altar estaría en medio de este espacio de unos nueve metros de diámetro. Será como representar el versículo de San Juan que dice: *Y plantó su tienda en medio de nosotros* como imagen de la Encarnación.



Qué mejor que tener ese símbolo de la Encarnación en el centro de este espacio central. Las telas no serán gruesas (dentro del cuadratum no hay ni lluvia ni viento) sino que la luz de fuera se transparentará.

Esa tienda central estará abierta para que los adoradores se coloquen delante de ella.

Unos pocos podrán estar dentro de ella. En la tienda habrá velas, lámparas e incienso. A cada lado de esa tienda real, habrá dos pequeñas tiendas. En una habrá un precioso icono de pintura, oro y plata representando a Moisés, con tres velas delante. En la otra otro icono de Elías también con velas. De manera que esa tienda real representará no sólo la Encarnación, sino también el encuentro con Jesús en el Tabor, la posibilidad de quedarse con él de forma íntima sobre el monte que es la catedral.

Cada domingo habría que desmontar esta tienda real, las dos pequeñas tiendas y los postes que rodean con telas el perímetro delimitado. Pero eso sólo significa plegar las telas y retirar los

postes de sus agujeros hechos a medida en el suelo. Aunque cada lunes hubiera que invertir una hora en esa tarea, esto es la catedral: el lugar donde se tributa a Dios un culto máximo, magnificente.

Cierto que se podría colocar la tienda real y el resto de elementos en un lado del cuadratum y dejarlo allí todo permanentemente. Pero no tendría el mismo efecto visual. Colocado en su mismo centro resulta impresionante. El entero cuadratum se transforma en marco de este hecho central que es la Encarnación. Además, si se colocara en un lado la tienda real, el centro de la catedral estará vacío y sin uso toda la semana hasta el domingo. Sin lugar a dudas, resulta preferible que dos o tres personas empleen una hora cada lunes por la mañana en colocar estas tiendas.

En este espacio medio estarán situados los confesonarios. Con tanto clero, será fácil lograr que estén atendidos los penitentes toda la mañana y toda la tarde. Los fieles de la diócesis sabrán que vayan a cualquier hora que vayan a la catedral, salvo el tiempo del mediodía, siempre encontrarán un confesor dentro del confesonario.

## El Gran Coro

En algún momento dado de la construcción de la catedral habrá que llevar a cabo la reforma del cabildo de canónigos al modo descrito en mi obra titulada *El incienso de la alabanza*. No voy a repetir lo que allí se explica con detención.

Esta alabanza litúrgica tan propia de la catedral habrá comenzado desde el mismo día en que se creó la primera capilla parroquial con un clero de compuesto únicamente por tres

sacerdotes. Ya desde la primera jornada en que se abrió al culto esa capilla, se cumplió con ese deber. Ese lugar sacro, semilla de la catedral, se bendijo por la tarde y esa noche los tres sacerdotes ya rezaron allí juntos las completas.

Desde ese día, nunca ha faltado el rezo ni de una sola de las horas litúrgicas dentro del templo. El párroco había recibido el encargo de que se rezase cada día el oficio dentro de la catedral, aunque lo hiciese él solo. Un horario anunciaba a la entrada de la iglesia cuando eran los momentos de la liturgia de las horas.

Unas veces las rezaría el párroco sólo sentado en un banco de la iglesia, otras las rezaría uno de sus coadjutores, algunas fiestas más especiales las recitarían los tres revestidos de alba y acompañados de cuatro o cinco fieles. Pero, aunque los comienzos fuesen humildes, cada año se sumarían más sacerdotes a esos rezos, cada año serían más solemnes esas oraciones, cada año el marco era más grandioso.

Pero incluso una diócesis con poco clero, organizando las cosas como se explican en la obra *El incienso de la alabanza*, podrá ofrecer diariamente un culto digno con la participación e involucración del pueblo fiel.

Pero pronto vino más clero a vivir a la catedral. Los sacerdotes y laicos que trabajan en las oficinas curiales de la catedral proveen de un buen número de clérigos a los coros durante la hora de tercia y sexta. El clero catedralicio y los sacerdotes jubilados se distribuirán la atención del coro el resto de las horas.

Cinco años después de bendecir esa semilla de catedral que fue la capilla parroquial, será difícil que en las vísperas de cada día no haya, al menos, diez laicos y un sacerdote presidiendo. Y, en la hora sexta, la decena de presbíteros que trabajaban allí se

reunirán para orar. En las laudes y en completas, lo normal es que estén siempre fieles el obispo, su secretario y los tres sacerdotes del clero parroquial. Hasta la hora de tercia y nona, siempre habrá, al menos, tres laicos que salmodien a esa hora.

Con el pasar de los años, no habrá un único coro en la catedral. En una de las dos naves laterales habrá un coro con treinta asientos para el rezo de laudes y vísperas. En la otra capilla lateral, habrá un coro más reducido para unas diez personas. Allí se rezarán las horas menores y el oficio de lecturas. Es importante que los coros se adecúen al número de asistentes. Ofrece una pobre impresión ver un coro inmenso con casi todos los asientos vacíos y sólo unos pocos clérigos sentados en ellos. Es preferible que se llenen todos los escaños y que se distribuyan asientos delante la primera fila para los sacerdotes que no quepan.

Habrà un tercer coro, con cincuenta escaños para las grandes concelebraciones situado en el cuadratum. Se podría levantar un coro para cien clérigos, pero tan lleno sólo lo estaría dos o tres veces al año. Y por esas pocas veces, siempre veríamos al obispo y los sacerdotes perdidos en un inmenso coro. Resulta preferible acomodar con asientos removibles a los sacerdotes esas pocas veces al año en que los orantes superen el número de escaños. Se pueden colocar dos filas de asientos delante de la primera hilera de escaños del coro, primera hilera que estará más elevada. De este modo, fácilmente y de modo muy estético, se pueden acomodar a cien sacerdotes en el coro de cincuenta escaños.

En el centro de la cabecera de este gran coro, también llamado Coro de los Canónigos, estará situada la sede del obispo. Está situada allí porque en las misas celebradas en el espacio central, la liturgia de la Palabra tendrá lugar en el coro, y después los celebrantes se trasladarán al altar. Diferenciando así claramente un lugar para la Palabra y otro para el Sacrificio.

La catedral tendrá la llamada *sede* en ese lugar del coro, y la cátedra estará emplazada en el centro del ábside de la nave central. La sede será de madera, neogótica, resaltando su verticalidad. La cátedra será de mármol, del tamaño y estilo que se encuentran en las antiguas basílicas cristianas, rodeada de la típica bancada de presbíteros concelebrantes.

Una será la sede para escuchar la Palabra: bien durante esa parte de la misa, bien en la liturgia de las horas. El otro asiento episcopal, la cátedra, será la sede para las misas que se celebran en la nave central, o para recogerse allí tras dar la comunión en el cuadratum y desde allí acabar la misa ya habiéndose retirado del altar. Este acto de retirarse del altar para los ritos finales tiene pleno sentido litúrgico. Además, después de haber dado unas cuantas comuniones, tiene el sentido espiritual de apartarse para recogerse en oración con la Eucaristía en el interior del obispo.

En el templo, de hecho, habrá tres sedes contando la primera de todas, la que se hizo cuando la catedral sólo contaba con una capilla parroquial. Ya entonces se encargó a un ebanista una bonita sede portátil de madera, al estilo del trono real de la Abadía de Westminster. Esa sede era símbolo de que la catedral comenzaba con una capilla, pero que ya allí estaba emplazada la cátedra del obispo. Esa sede, fácil de transportar, es la que usa el obispo cuando celebra en alguna capilla de la catedral. También sale de la catedral cuando hay celebraciones al aire libre en algún lugar de la diócesis.

Con lo cual en la catedral hay tres sedes, tres asientos específicamente episcopales: La sede portátil, la sede del ábside y la sede del coro. Pero una sola es la cátedra, la del ábside.

En el comienzo del coro descansará sobre un gran atril un voluminoso ejemplar con textos de las Sagradas Escrituras cuyas páginas tendrán más de un metro de altura. No será un ejemplar de la Biblia entera, sino que mostrará pasajes sueltos de los libros de la Escritura. Pasajes escritos a mano con bellísima caligrafía, letras capitulares e iniciales: algo que sea toda una glorificación de la Sagrada Escritura. Las páginas de ese voluminoso libro no serán las obras originales, sino reproducciones. Así la gente podrá tocar ese libro, hojearlo, curiosearlo, ver con sus ojos la belleza de la Palabra. Por eso estos pasajes de la Escritura no estarán en el centro del coro sino en su comienzo, para que los visitantes puedan mirar el libro y tocarlo con sus manos.

Los fieles que asisten a misa en la zona entre el coro y el presbiterio, están orientados al principio hacia el coro, para escuchar las lecturas y la homilía. Es fácil orientar los aseintos, pues se trata de sillas individuales. Después giran sus sillas hacia el altar. El que la sede esté situada en el coro ofrece una imagen del obispo rodeado por sus clérigos. Y la traslación de la ceremonia de un punto de la catedral al otro añade más belleza a la celebración.

## La lucha contra el demonio

Se podría diseñar *ex profeso* una capilla para realizar exorcismos. Por supuesto que estos se harían a puerta cerrada. Esta capilla dispondría de otra puerta interna para impedir que la los visitantes de la catedral puedan saber quién entra en ese pequeño recinto. Pero sería bueno que esta capilla tuviera unas celosías elevadas en los muros que permitieran ver si hay luz dentro y, por tanto, saber si se está usando ese lugar para esa función. Esas celosías permitirán que la gente escuche los gritos cuando estos se den. Algo así no sólo reafirmará la fe de la gente, sino que, además, esa capilla será un recordatorio constante de la lucha de la Iglesia contra el demonio.

De manera que entre el clero de la catedral tendrá que haber siempre un sacerdote como exorcista. Así los fieles de la diócesis sabrán que, en caso de necesidad, tienen que dirigirse a la catedral. Será mejor que viva allí, porque en una diócesis de tamaño medio de unos 600.000 habitantes, el exorcista recibirá a gente todos los días.

No hace falta decir que una capilla de este tipo se convertirá en un lugar muy popular para los visitantes del templo. Esta capilla todavía dotará de más misterio a la catedral. Una cripta extensa y esta capilla, lugares elevados como la Capilla del Tabor o la capilla episcopal, serán lugares enigmáticos y atrayentes para los visitantes creyentes o no. La catedral no son meras piedras, unas encima de otras, no es un mero espacio techado entre cuatro paredes: es un lugar que atrae como un imán lleno de enigmas incluso a los paganos. Hasta los más alejados de la Iglesia sienten esa atracción por los misterios que encierra una edificación que no es comparable a ninguna otra.

## Los ministerios laicales

En cuanto se levante la segunda fase con las tres naves, el clero se esforzará por encontrar laicos que quieran recibir las órdenes menores. Sería muy bello que la catedral contara con personas que ejerzan todas las funciones propias de las antiguas órdenes menores. La concesión de las ordenes menores requiere pedir permiso a la Congregación para el Culto Divino.

Algunas de esas funciones podrán ser ejercidas por laicos que vivan en las dependencias de la catedral (por ejemplo, en una residencia para ancianos) en otros casos serán esas misiones ejercidas por laicos que simplemente asisten regularmente a misa en la catedral. Las órdenes menores son las siguientes:

**Ostionario:** Se encargará (cada día que pueda) de abrir y cerrar las puertas de la catedral. Mientras realiza esa función lo hará rezando una oración distinta en cada una de las doce puertas de la catedral. Cada día que pueda, él se encargará, al caer la tarde, de encender el cirio pascual, el tenebrario y las lámparas colgantes de algunas capillas. Esa operación también la hará rezando en cada lugar una oración especial. Tanto su labor con las puertas como con las lámparas no será una acción meramente física, sino que la realizará como símbolo de algo espiritual y, por tanto, rezando. Cerrar las puertas al Mal, encender la luz de la fe en las almas, abrir la catedral a las gentes. Esta labor la puede realizar un ostionario los días que pueda, o se puede encargar alguien pagado que está en plantilla en la catedral y que realiza también otras funciones. Pero si es alguien al que se le paga, sólo se le conferirá esta orden menor si, de verdad, con el paso de los años se observa que su fe y devoción merece recibir esa orden menor.

**Lector:** Para las más importantes misas de la catedral, se buscará entre todos los fieles al que tenga la más bella voz y lea mejor. Normalmente para las misas se escoge a cualquiera. Pero todos sabemos la diferencia que hay al leer entre una persona y otra. No se trata de escoger a alguien que lo haga con dignidad, sino de escoger al lector óptimo. Además, la diferencia entre la belleza de unas voces y otras suele ser muy grande. Si se explica el sentido que tendrá escoger un lector a la feligresía, el elegido se sentirá muy halagado. Pueden escogerse para la catedral a los cuatro o seis mejores lectores dotados, además, de las mejores voces. Una vez que alguien persevere y realice con gusto esta función durante años, se le propondrá que reciba esta orden menor. El

lector se revestirá con alba, participará en la procesión de entrada y se sentará en el presbiterio.

**Acólito:** Se buscará a algún laico que quiera encargarse con amor y devoción de preparar las cosas para la misa y de retornarlas a la sacristía, así como para ayudar en las misas. El acólito se revestirá siempre con alba para su función y se sentará al lado del lector. Él dejará en sus lugares de los armarios los elementos usados en la misa. En la sacristía podrá limpiar los vasos sagrados con agua y jabón cada vez que los vea sucios. O recoger en una píxide alguna pequeña partícula que vea que se ha dejado el sacerdote.

**Exorcista:** El exorcista de la catedral con el tiempo, sin duda, acabará formando a su alrededor un pequeño equipo de laicos que le ayuden. Uno o varios varones podrán recibir esta orden menor y realizar algunas oraciones dirigidas a Dios y a los santos durante los exorcismos. Revestidos de alba podrán sentarse en el presbiterio.

**Subdiácono:** El subdiacono ha recibido la más alta de las órdenes menores. Él es el encargado de leer las epístolas del Nuevo Testamento, sirve al altar revestido con tunicela, él de forma ordinaria se encarga del primer lavado en la sacristía de los manteles, corporales y purificadores, y de recoger ese agua para llevarla a un lugar digno.

El clero se esforzará para que la catedral, cuanto antes, cuente con hombres dignos que ejerzan cada una de estas funciones. Será muy bello que a la catedral no le falten nunca estos antiquísimos ministerios que ya existían en Roma perfectamente definidos tan pronto como es el año 252. Con una persona en cada orden menor bastará, pero si se ve conveniente podrá haber varias en cada ministerio. Con una persona es suficiente porque lo que es bello es lo que simbolizan estas personas. Pero fácilmente se encontrarán a unos cuantos laicos deseosos de ejercer cada uno de estos ministerios.

En principio, todos estos ministerios se realizarán de forma desinteresada y no remunerada. Incluso si hay un trabajador pagado en la plantilla de la catedral, por ejemplo, al que se le encarga que lleve las cosas de la sacristía al altar o que cierre las puertas, no por eso recibirá la orden menor. Una será la persona pagada a la que se le encarguen labores como ésa, y otra será la

persona que reciba la orden menor, aunque no pueda venir más que pocas veces a la catedral.

Si el trabajador perteneciente al personal pagado de la catedral encargado de cerrar las puertas, fuera muy religioso y devoto, al cabo de los años podrá conferírsele ese ministerio laical.

Este cuerpo de ministros ejercerá una verdadera función práctica y espiritual (no son meros obreros pagados) y serán como la teología viviente del concepto de la gradación primitiva que existía en el camino hacia el sacerdocio. Siguen siendo laicos, pero expresan esa idea antigua de que el sacerdocio es algo tan excelso que había que ir ascendiendo a través de pasos previos hacia esa cima.

Precisamente, porque este cuerpo de ministros son una especie de atrio, de escalinata, hacia los grados del sacramento del orden, estas órdenes menores se conferirán sólo a varones. De lo contrario, este cuerpo perdería ese carácter de ser expresión viviente de los escalones previos al sacerdocio. Las mujeres que ayuden de modo altruista en el templo recibirán serán denominadas como *siervas del templo*. Unos serán los ministros y otras las siervas. Las siervas que lo deseen, podrán recibir una bendición especial (e incluso un velo si se ve conveniente) y serán bendecidas para servir al templo de un modo genérico, sin mención a ministerios determinados.

Los varones laicos podrán pedir ser admitidos a una orden menor, o el clero les podrá proponer ocupar ese puesto y recibir el rito. Insisto en que con una persona o dos en cada escalón será suficiente. Una vez que uno acepte recibir una orden menor, permanecerá en esa orden menor ya para siempre. Es decir, estas órdenes menores no serán un camino en el que uno va a

avanzando de una orden a otra. Sino que uno aceptará un determinado ministerio para toda la vida.

Si un lector después, en su tiempo libre, ayuda mucho en la sacristía a organizar las cosas para la misa, seguirá siendo ya siempre un lector, aunque, de hecho, ayudara más en la catedral como acólito. Si un ostiario ayuda a menudo al sacerdote como lector, seguirá siendo ostiario incluso aunque ejerciera su primera función menos que la de leer en las misas. Nadie recibirá dos órdenes menores, así se evitará un cierto afán por acumular ministerios.

La única excepción será el subdiaconado por ser ésta la más alta de las órdenes menores. Cuando un subdiácono muera (o ya lleve varios meses sin poder ejercer su función por edad o traslado de residencia) el dean elegirá entre todos los ministros a una persona que ejerza la función de subdiácono. Sólo él entre todos recibirá una segunda orden menor.

El subdiácono estará encargado de organizar y coordinar a todos los ministros inferiores. El supervisará de forma regular que los ministerios se estén llevando a cabo bien. La catedral contará con un pequeño número de diáconos permanentes. Uno de ellos recibirá el nombramiento de archidiácono. Éste será el superior al que deberán obediencia todos los ministros. El archidiácono supervisará también las cuentas de la catedral, entre otras funciones.

## La Misa Magna

La catedral será tan extensa que el obispo y el clero podrían celebrar las grandes solemnidades con la llamada Misa Magna. En esa misa, comenzarán los ritos iniciales junto a la pila bautismal colocada en un lateral de ese Espacio Central. La sólida y pesada pila bautismal, de dos codos de diámetro, se halla elevada cuatro peldaños sobre una plataforma octogonal. Es una reproducción de la pila bautismal de bronce de la Iglesia de San Bartolomé de Lieja.

Los celebrantes llegarán allí en procesión y se colocarán todos abajo alrededor de la pila, formando un semicírculo abierto al pueblo congregado allí frente a la pila bautismal.

El obispo se signará y saludará al pueblo. Al comenzar el *yo confieso*, subirá los escalones hasta la pila y se santiguará con el agua bautismal de su interior. Tras bajar, el resto de celebrantes ascenderán los escalones y se irán santiguando con ese agua como símbolo de purificación. Todos continuarán alrededor de ese agua mientras se rezan los *kyries*. Al inicio del *Gloria*, se pondrán en camino procesionalmente hacia el coro de los canónigos. El camino está pensado para recorrerlo en menos de los dos minutos y medio que dura el *Gloria* cantado en gregoriano.

El obispo desde su sede rezará la oración colecta y se sentarán para la liturgia de la Palabra. Será sentado en su sede del coro donde dará su homilía.

Mientras se reza el *Credo*, el obispo (y obispos concelebrantes si los hay) precedido por la cruz procesional, dos acólitos y siete diáconos (o subdiáconos) con dalmáticas se dirigirán hacia el lugar donde luce el cirio. Allí, de pie, ante ese

símbolo de Cristo resucitado hará la oración inicial de las preces de los fieles. Cada diácono hará una prez. Después de la oración conclusiva el obispo se dirigirá al presbiterio.

Los dos acólitos ya se han trasladado allí durante las preces, para preparar los dones sobre el altar en cuanto acaben las preces. Así en cuanto el obispo llega al ara, los dones están ya preparados sobre el altar y el diácono sólo tiene que limitarse a echar el agua en los tres cálices. Acabada la oración sobre las ofrendas, los presbíteros se dirigirán del coro al presbiterio, colocándose alrededor de éste.

El obispo dará la comunión a un pequeño número de personas, después se traslada a la cátedra del ábside de la nave central de la zona de las tres naves. Esta traslación hasta el ábside tiene el sentido simbólico de retirarse para orar, dado que en su interior tiene a Jesús Eucaristía. Será allí, en la cátedra, en la elevación del ábside, donde recitará con toda solemnidad la oración post comunión y dará la bendición.

En las grandes celebraciones los fieles llenarán todos los espacios que van del coro hasta ábside. De manera, que esta forma procesional de celebrar la misa permitirá que los celebrantes se acerquen a los fieles que llenan las distintas partes del templo, es un modo de acercarse a ellos, de que no sientan que están asistiendo a una misa que se celebra lejos. Si los fieles no son tantos, parte de los fieles se pueden mover hacia las zonas donde, en ese momento, esté el obispo y los concelebrantes.

Este modo de celebrar la misa es un modo de hacer algo nuevo y distinto; la liturgia es diversidad. Un modo de ver a la Iglesia como una comunidad en peregrinación.

## La residencia de sacerdotes

Durante la realización de la tercera fase de la construcción de la catedral, la del espacio central, puede ser un buen momento para crear en el perímetro del templo una pequeña residencia diocesana para sacerdotes ancianos, probablemente no habrá más allá de diez si se trata de una diócesis de tamaño medio. Pero podrán ayudar en las misas, en los confesionarios y en el coro en la medida de sus posibilidades.

Algunos de estos sacerdotes, aun debilitados por la edad, se sentirán con fuerzas para ponerse una sotana y un roquete, y sentarse a rezar con los canónigos. Con todas estas actividades, los sacerdotes se sentirán útiles hasta el final de sus días. Y, ciertamente, no será poca cosa para el bien de la diócesis el tener un templo con abundancia de confesores y con un coro nutrido para la salmodia.

Completamente unida a esta residencia para sacerdotes jubilados, formando una unidad, se podrían construir más habitaciones para que sirvieran como residencia para sacerdotes, bien de la diócesis, bien de visita. Incluso, una vez hecha la residencia para los sacerdotes retirados, se podría ampliar, por ejemplo, unas veinte plazas más, para que ancianos laicos puedan retirarse allí. Sin duda que habrá personas jubiladas que desearían retirarse sus últimos años de vida a una catedral para rezar. Una residencia que ofrezca un ambiente de oración podría llegar a ser muy popular en la diócesis y tener muchas peticiones.

A los ancianos se les podría explicar la belleza de unirse al rezo de las horas canónicas de la catedral. En vez de estar todo el día sentados en un salón, será beneficioso el que se desplacen hasta el coro para participar en los rezos. Por supuesto que esto sería completamente libre y que sólo lo harían los que tuviesen

fuerzas para ello. Pero a los solicitantes de una plaza se les explicaría que ésta es una residencia religiosa fundada para ancianos que quieran participar del culto mientras puedan.

Los laicos más fieles a estos rezos podrían revestirse de una toga, sentarse en el coro y participar de las procesiones. Con todo el clero que trabaja y vive en la catedral, más estos laicos, las horas podrán celebrarse todos los días con mucha concurrencia, Desde luego siempre habrá, al menos, una veintena de personas presentes incluso en las horas menores.

## La capilla del obispo

En un primer momento, el obispo puede ir a rezar a la capilla parroquial. Pero, antes o después, convendrá acondicionar una capilla para que, si lo desea, pueda rezar él solo con intimidad. Las razones para que él disponga de su propia capilla son tres:

1. **Intimidad:** Poder rezar sin ser interrumpido por los fieles que le saludan o piden hablar con él. Esto es especialmente necesario antes de las grandes concelebraciones, cuando la catedral está llena de gente y el obispo quiere recogerse en oración un rato antes de empezar.
2. **Cercanía:** Tener una capilla justo anexa a su residencia. Si el obispo tiene que andar un trecho largo hasta algún lugar de la catedral, eso le desanimará muchas veces para ir. Una capilla justo al lado de donde reside facilita las visitas al Santísimo o despedirse de Él al final del día.
3. **Espacio:** En el caso del obispo conviene que disponga de un espacio amplio donde se puedan colocar todas sus vestiduras cuando se reviste para una celebración. La capilla de esta manera cumple también las funciones de sacristía episcopal donde se guardan mitras, báculos, chirotecas, calzado litúrgico, etc.

Conforme la catedral se vaya enriqueciendo con nuevos ornamentos, báculos, mitras y casullas convendrá que esos tesoros no estén guardados en armarios cerrados en una sacristía, sino que se expongan en el museo de la catedral. Uno será el museo donde se expone el proyecto constructivo de ese templo, y otro el museo donde se guardarán los más bellos objetos y ornamentos litúrgicos.

El museo litúrgico debería estar justo al lado de la capilla episcopal, para así poder recoger con rapidez cualquier elemento allí expuesto y usarlo en la liturgia. El museo litúrgico tendrá explicaciones que hagan de la visita una catequesis acerca de la gloria de Dios.

El obispo se revestirá con toda ceremonia en su capilla. Todos los ornamentos estarán extendidos en una mesa. El obispo se los irá poniendo mientras un acólito lee de un gran ritual una oración para cada prenda. La vestición del obispo se hará con gran solemnidad. Este acto de la vestición lo contemplarán normalmente cinco ministros revestidos con alba. Son los ministros que han recibido órdenes menores, uno por cada orden menor. El subdiácono irá llevará encima una tunicela. El obispo y esos ministros precedidos por la cruz procesional se dirigirán hacia la Sacristía Azul donde esperan todos los demás clérigos concelebrantes. Desde allí saldrán todos en procesión hacia el lugar de la catedral donde se vaya a celebrar la misa.

La capilla del obispo estará anexa a la residencia episcopal. Si se desea puede estar elevada para que esté al mismo nivel de la residencia. Pero, sea donde sea que se coloque, conviene que esté abierta a la gente. No sólo a los fieles les hará ilusión rezar en la misma capilla que el obispo, sino que será un lugar donde se podrá rezar más apartados de la mucha afluencia de personas.

La capilla estará dividida en dos partes por un pequeño iconostasio de cuatro metros de altura del estilo del de la Basílica de San Marcos de Venecia. Esta separación dividirá la parte episcopal de la parte de los fieles. Las rejas artísticas que aislarán las dos partes permitirán ver el interior pero no pasar.

El obispo, antes de entrar en la capilla, podrá pulsar un botón para que dos cortinas cierren ese espacio si desea no ser visto. En realidad, habrá dos botones que le permiten al obispo dos opciones. Un botón cerrará completamente la visión de ese espacio. Y otro botón dejará la parte central abierta para que los fieles puedan seguir viendo el retablo y el sagrario, mientras el obispo reza en un lugar sin ser visto.

Habrá prelados a los que no le importe que los fieles les vean rezar y otros obispos que preferirán intimidad. Pero, a pesar de que el cortinaje pueda estar echado, sin duda a muchos les hará ilusión rezar en la capilla privada del obispo. Y realmente será así: todos si lo desean podrán rezar en su capilla privada. El hecho de correr las cortinas, total o parcialmente, no les importará, porque les hará ilusión saber que él está allí.

## El atrio

El atrio será la cuarta y última fase de la catedral. estará limitado hacia el interior por un trascoro gótico. En este espacio se abrirán cuatro capillas al estilo de las capillas de la Catedral de San Basilio de Moscú o de pequeñas capillas románicas.

En el centro del atrio se colocará un gran tenebrario de bronce de cuatro metros de altura con quince velas. Cuyas lámparas de aceite o velas se encenderán cada día al caer la tarde y se apagarán por la noche al cerrar las puertas de la catedral.

En el atrio estarán las pilas de agua bendita, también imágenes de los santos ante las cuales se puedan colocar velas. Si hay abundancia de velas se podría proveer al tenebrario para que estuviera encendido todo el día.

Todas las velas serán naturales. Proscribimos a las tinieblas exteriores todo invento eléctrico que intente imitar infructuosamente la belleza de las velas. El suelo será de cemento, de piedra artificial o de cualquier material incombustible, lo mismo que las paredes hasta tres metros de altura. Será imposible que la catedral se incendie nunca por una vela. Los materiales que hay tres metros por encima del suelo deberán ser ignífugos. Hay que contar con la mala voluntad de alguien que premeditadamente provocar un incendio. El que los materiales del decorado sean completamente ignífugos deberá ser una norma que se siga a rajatabla.

En un principio, había pensado que la pila bautismal estuviera situada en una de esas capillas del atrio, para mantener el simbolismo de que por el bautismo se entra en la Iglesia. Pero considero que la pila situada en un lado del Espacio Central para formar parte de los ritos iniciales de la Misa Magna hará que este elemento cobre mucha fuerza para todos los cristianos allí reunidos. Mejor que el que la pila se halle aislada en una capilla, será ver al obispo y sus presbíteros santiguarse con sus sagradas aguas para pedir la purificación de Dios.

Para que el pórtico de la catedral sea impresionante, se colocará allí un edificio-muro que haga las veces de fachada. Este edificio tendrá un ancho de nueve metros. De manera que antes de entrar al atrio interno (situado dentro de la nave industrial) habrá que atravesar un atrio externo situado justamente bajo los pilares del edificio-muro. Desde la calle, se entrará por tres grandiosos

arcos a un pequeño espacio columnado. Atravesándolo se accederá al atrio interno.

Ya que menciono el tema de las puertas, la catedral tendrá tres puertas monumentales en cada uno de sus cuatro lados, para así recordar ese aspecto del simbolismo de la Jerusalén Celestial. Otro aspecto simbólico es que en una de las esquinas del edificio-muro, habrá una pesada y voluminosa piedra angular, para así poder explicar de un modo visual qué sentido tenían en las construcciones antiguas este tipo de piedras especiales. Sobre esa gran piedra, se pueden colocar doce sillares, cada uno con el nombre de un Apóstol. Y sobre estos sillares colocar otras piedras menores con el nombre de otros santos.

## El jardín perimetral

La catedral entera estará rodeada por una tapia de cuatro metros de altura que cerrará al exterior el jardín que rodeará a todo el templo; o, mejor dicho, que rodea a los edificios-muro que circunvalan la nave industrial. Estamos hablando de un jardín estrecho, una franja de unos seis metros de anchura. El jardín tendrá el aspecto de un sendero rodeado de césped.

Tanto la tapia exterior como los muros de la catedral estarán cubiertos de hiedra: eso hará que el paseante se halle rodeado de vegetación. El jardín será muy minimalista: césped y hiedra. En pocas partes podrá colocarse algún pequeño árbol o alguna flor. Hay que darse cuenta de que el espacio disponible será poco. Claro que si la diócesis dispone de suficientes fondos para comprar más terreno, podrá tener un jardín perimetral más extenso. Pero doy por supuesto que el dinero será poco y que el jardín se limitará a ser una franja de unos seis metros de anchura.

Este espacio minimalista lleno de vida y frescor será el complemento ideal para los que en la catedral hagan retiros espirituales. El jardín no será un espacio de esparcimiento, sino que se usará como lugar de oración o de charla de laicos con clérigos paseando. Para evitar los turistas, el jardín estará sólo abierto a las personas que estén haciendo un retiro espiritual o tengan que hablar con algún sacerdote. Será, si se me permite la expresión, un lugar santo, no un jardín de esparcimiento.

Se podrá crear en uno de los lados del jardín, un claustro que sí que sirva para que los sacerdotes y otras personas puedan encontrarse y charlar. El claustro y el espacio enmarcado por él sí que serían un lugar de conversación y descanso para los que trabajan en la catedral y los sacerdotes visitantes. La catedral, en otra zona, contará con una cafetería e, incluso, con un pequeño restaurante.

El restaurante será, más bien, para los visitantes de la catedral que quieran desayunar, comer o cenar allí tras haber asistido a misa. Porque todos los sacerdotes, cuando visiten la catedral, deberían saber que están invitados al refectorio de la catedral. El refectorio será el comedor donde el clero catedralicio desayunará, almorzará y cenará todos los días. Por supuesto que esta invitación no valdrá para las grandes concelebraciones. Pero sí para los días de diario, en los que un goteo de sacerdotes irá cayendo por la catedral bien porque visiten al obispo o porque tengan que ir a los despachos de la curia. Ese refectorio será un lugar siempre abierto para recibir a los hermanos.

La catedral será un espacio perfecto para retiros espirituales, porque se cerrará longitudinalmente con los típicos postes separadores que sostienen un grueso cordón. De esta manera, la mitad de la catedral podrá ser visitada por turistas y la otra mitad

quedará reservada únicamente para las personas que están meditando.

El que está haciendo un retiro podrá caminar desde el atrio hasta la girola sin gente que le distraiga. Sólo habrá gente como él paseando, leyendo y orando. Esta medida habrá que hacerla permanente si, al final, la afluencia de gente es tanta que ya no se puede orar bien. Cada semana puede cambiar qué mitad es la que se dedica a las visitas y cual a la oración.

Incluso la cripta deberá diseñarse para ser cerrada por la mitad con verjas. Para que así los que están de retiro puedan pasear por ella orando acerca de la muerte y la celeridad con que transcurre la vida.

El clero diocesano podrá tener aquí su retiro espiritual de varios días, o un retiro mensual de una mañana para los que lo deseen. A los turistas, les impresionará, durante los retiros anuales, el ver a lo lejos a 150 sacerdotes (vestidos como tal) paseando por esa parte del templo o reunidos escuchando una predicación.

## Las dos comunidades monásticas

Desde que comience la construcción de la catedral, se anunciará en las parroquias que la diócesis tiene la intención de crear dos monasterios diocesanos, uno de monjes y otro de monjas. Cada comunidad vivirá separada de la otra, cada una en un lado de la catedral. Se regirán por la regla de San Benito por ser ésta una regla tan venerable, sencilla y equilibrada. Estas comunidades se encargarán del culto y de otras labores que requiera el templo.

En los edificios perimetrales tendrán su clausura. Si no hay dinero para que cada comunidad tenga su propio claustro, compartirán el claustro ya existente. El jardín y el claustro estarán clausurados a todos después del almuerzo y de la cena, reservándolo a los monjes para su descanso. A esas horas, esas zonas pasarán a formar parte de su clausura. Un día harán uso de él los monjes y al día siguiente las monjas. También una parte de la catedral se reservará para sus rezos y paseos a ciertas horas del día cerrando esa parte de la catedral con los postes y cordones de los que ya se ha hablado.

Dos veces a la semana, harán (al modo de los cartujos) un paseo largo todos juntos fuera del monasterio, de unas dos o tres horas. Será toda una predicación para los barrios de alrededor de la catedral esta rutina de los paseos monacales.

Serán comunidades diocesanas y no autónomas. El superior inmediato será el obispo y aquél al que él delegue esa misión. Desde el comienzo, la supervisión episcopal será continua, buscando buenos formadores en la vida monástica, predicadores y maestros. Se harán votaciones para conocer la opinión de la comunidad acerca de quien podría ser un adecuado abad y abadesa, pero los resultados de esas votaciones no se darán a conocer, para evitar soberbias y ambiciones. La designación para los cargos de abad y abadesa dependerá totalmente del obispo.

Desde la profesión temporal, la diócesis pagará la Seguridad Social de los monjes. Ellos trabajaran en aquellas tareas que les encargue la diócesis. Tareas que se puedan realizar en el recinto del monasterio y el interior de la catedral. Dado que la diócesis no les acogerá buscando ningún beneficio económico, ellos no recibirán salario alguno.

Cuando aparezca la primera vocación que manifieste interés por abrazar una vida monástica, se le dirá que, durante varios

años, su modo de vida va a ser más eremítico que cenobítico. El monasterio, al principio, consistirá únicamente en cuatro habitaciones, un pequeño refectorio, una cocina y poco más. Después, cuando lleguen más vocaciones, si Dios quiere, ya se acondicionará una zona más amplia con más celdas y dependencias. Pero la primera vocación vivirá como un solitario en una zona de clausura situada en las construcciones perimetrales. Desde el principio, se le proveerá de los mejores maestros de espiritualidad.

Desde el principio, se escogerá a algún monasterio muy fervoroso y con muchas vocaciones que supervise la creación y desarrollo de este monasterio. Dando consejos e indicando si ven algún error que hay que corregir. Cuando ya sean, por ejemplo, cuatro vocaciones las que vivan en esa clausura, se podrá traer alguna temporada al maestro de novicios de ese monasterio para que supervise *in situ* lo hecho hasta entonces y rectifique cualquier defecto que observe. Esas visitas podrán ser anuales.

Será difícil que el monasterio, al cabo de unos quince años, no cuente, al menos, con una decena de monjes. Lo ideal sería que éste se acabase convirtiendo en una abadía diocesana dotada de un gran número de monjes. Tampoco se requerirá mucho espacio. En realidad, un monasterio no tiene verdadera necesidad de muchas estancias. Basta con las necesarias. La antiquísima abadía de la Basílica de San Pablo en Roma es buen ejemplo de esto.

Si el Señor bendijera con muchas vocaciones a este monasterio, la idea no sería dividir a los monjes enviándolos a crear nuevas casas. Sino que lo ideal sería que esta fundación diocesana se convirtiera un macromonasterio de más de un centenar de monjes. Este monasterio debe reproducir el espíritu de Cluny, no el de una pequeña casa con pocos miembros que viven como una familia.

Lo ideal sería que este monasterio, aun sin llegar a un número tan impresionante, tenga una comunidad que recuerde a las catedrales monásticas como Canterbury o Westminster. En la Edad Media esto no era infrecuente. Unas con comunidades benedictinas, otras con comunidades bajo la regla de San Agustín. Eso dotaba a la catedral de un culto continuo y esplendoroso.

A los novicios se les dejará claro que su trabajo primordial será el culto. Deberán esforzarse en lograr un canto gregoriano lo más perfecto posible. Pasarán varias horas salmodiando en el coro, pero también deberán trabajar en cosas como la limpieza de la catedral, la confección de ornamentos sagrados, artesanía para vender, la cocina de las residencias, encargarse de la música del órgano en determinadas ceremonias o de los cantos, de la vigilancia de las cámaras de seguridad de todo el templo, de realizar determinadas obras de fontanería y albañilería, entre otras tareas.

Con el apoyo decidido de la diócesis, lo que comenzará como dos o tres personas viviendo una vida eremítica, pronto pasará a ser un pequeño priorato, y acabará consolidándose como una esplendorosa abadía con un abad mitrado.

En el otro lado de la catedral, se reproducirá exactamente el mismo esquema creando un monasterio de benedictinas. Ellas tendrán su propio coro dentro de la catedral, su propia clausura, en días alternativos usarán a ciertas horas el claustro y el jardín para sus paseos. Ellas podrían encargarse, entre otras tareas, de las cocinas de las residencias: la del obispo, la del clero, la de las residencias de ancianos, etc. Podrían encargarse de eso sin salir de las cocinas, sin servir la mesa. Esos comedores, una vez cerrados con llave, podrán ser recogidos por ellas y dejados listos para la siguiente comida. También podrían encargarse de las lavanderías,

de encargos de confección de fuera de la catedral, etc. Las dos comunidades monásticas ganarán su pan con su trabajo.

Una vez al día, las dos comunidades, los canónigos y el clero secular se reunirán en el gran coro para rezar con gran solemnidad para el rezo de las vísperas. Cada día habrá unas vísperas máximamente solemnes, aunque otras horas sean rezadas separadamente por cada comunidad.

A la entrada del templo y en la página web de la catedral, se anunciarán todos los horarios de las misas, confesiones, predicaciones, procesiones internas y actos litúrgicos. Antes de un cuarto de siglo, la catedral tiene que ofrecer a Dios un culto prácticamente continuo.

No en todas las comunidades religiosas, pero sí en muchas, estadísticamente siempre acaban por aparecer miembros problemáticos que ya han hecho los votos perpetuos. En cada casa son pocos, uno o dos. Ahora sólo cabe la expulsión o la no expulsión. En estas dos comunidades monásticas cabrá una tercera posibilidad: la vida de clausura catedralicia. Esta medida consistirá en alejar de la comunidad, como advertencia, a ese miembro durante unos cuantos días. Ese profeso vivirá en la catedral en la zona de la residencia sacerdotal (si es hombre) o de la residencia de ancianas (si es mujer), comerá con los sacerdotes o con las ancianas, podrá tener esparcimiento con ellos, pero sin salir de los muros exteriores de la catedral. Se ocupará del trabajo que se le encargue en las dependencias catedralicias o de la residencia. El superior diocesano de la residencia estará advertido de la situación de esa persona y supervisará vigilantemente su comportamiento.

Si la advertencia surte efecto, se le readmitirá dentro de la clausura de la comunidad: pasará de la clausura catedralicia a la clausura del edificio monástico. Pero si no se observa enmienda, se le hará pasar, durante una temporada más larga, parte del tiempo en el edificio monástico y parte en la residencia sacerdotal. Si la persona no se reforma, el abad le enviará a la clausura catedralicia cada vez con más frecuencia, cada vez temporadas más largas. Allí podrá meditar acerca de si prefiere permanecer dentro de la comunidad o fuera. Si algún profeso prefiere seguir residiendo fuera de la clausura, podrá permanecer allí mientras realice satisfactoriamente los trabajos que se le encarguen. Pero si ni siquiera trabaja para ganarse el sustento, entonces ya sí, se iniciará el proceso canónico de exclaustación.

Como se ve, ahora mismo sólo existe la posibilidad de estar fuera o dentro. Dentro de la clausura monástica o fuera, en el mundo. Estas dos comunidades tendrían la posibilidad de que estos miembros estuvieran al lado, dentro de la clausura catedralicia. Porque lo ideal es que alguien que ya ha hecho los votos perpetuos no sea devuelto al mundo. Los casos de profesos perpetuos con problemas psicológicos que son una carga demasiado pesada para una comunidad, podrían estar en esta clausura catedralicia incluso en el caso de que estuviesen incapacitadas para trabajar.

## Las edificaciones perimetrales

Las construcciones alrededor del templo estarán anexas a éste. El que estén adosadas permitirá que la temperatura en el interior del templo sea mucho más agradable. Si, al cabo de treinta años, todo el perímetro de la nave industrial acaba por estar recubierto por una construcción continua, el aislamiento mantendrá más fresca la atmósfera del interior en verano, y más templada en invierno. Un edificio de seis metros de anchura ofrece un aislamiento perfecto. En verano, la única y exclusiva fuente de calor sería el sol que incidiera sobre el techo. Y a esa situación se le pueden buscar fáciles soluciones.

Con el tiempo, pueden construirse viviendas para familias muy religiosas que deseen comprar un piso en un lugar cercano a una iglesia. Estos edificios de viviendas, al exterior, mostrarían el aspecto de torres góticas o románicas. Estas torres se colocarían en el perímetro exterior de la tapia del jardín catedralicio. Y así el templo, con los años, iría enriqueciéndose de más torres.

Al final, los edificios que conformarán los muros de la catedral serán los siguientes:

### **-La residencia del clero catedralicio:**

Al principio, estará formado sólo por tres sacerdotes. Dado que al comienzo habrá muy poco trabajo en la catedral que todavía no se habrá acabado del todo, este clero estará formado por el párroco y dos sacerdotes que serán capellanes de otros lugares o sacerdotes realizando estudios.

### **-La residencia del obispo:**

Es muy importante que el obispo viva en la catedral para que participe lo más frecuentemente que sea posible de los oficios. Se animará al prelado a que celebre misa diaria en la catedral (con pueblo o sin pueblo) y a que rece, al menos, una hora canónica en el coro. Incluso, aunque celebre la misa sin pueblo, será bello ver al obispo celebrar misa sobre un altar en una de las capillas o de las naves laterales.

### **-La curia diocesana:**

Se irán trasladando allí las oficinas. De manera que sus trabajadores podrán enriquecer con su presencia activa las distintas liturgias catedralicias, aun en el caso de que sólo trabajen en la curia por la mañana.

### **-Residencia de sacerdotes ancianos:**

Estos sacerdotes organizarán turnos de confesionarios y rezarán en el coro las horas canónicas. La residencia también admitirá ancianos laicos. Dando preferencia de admisión a los que sean muy religiosos, para que así también ellos puedan beneficiarse de los actos de la catedral.

### **-Los dos monasterios benedictinos:**

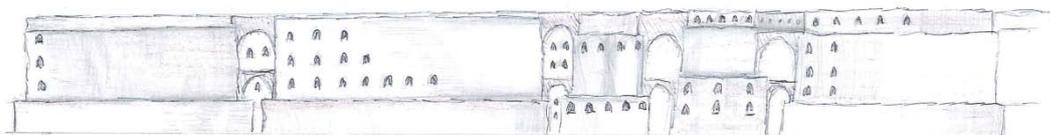
Se fomentará por parte de la diócesis la creación de un monasterio diocesano benedictino para frailes y otro para monjas. Si, al final, sólo se logra que uno tenga cuatro frailes y el otro seis monjas, no pasará nada. Lo importante es contar con ese carisma en la diócesis, aunque sean pocos. Su labor enriquecerá aún más el culto de todavía el culto de la catedral.

### **-Las viviendas:**

Algún empresario católico dedicado al negocio inmobiliario podrá construir viviendas para familias muy religiosas que quieran vivir junto a la catedral.

Con todo este clero, los religiosos y los laicos que viven en la catedral la vida litúrgica del templo florecerá con un esplendor como no lo tendrá ninguna abadía por grande que sea.

Si la diócesis puede trasladar allí el seminario, las ceremonias serán todavía más impresionantes. Si la diócesis cuenta con facultad de teología, el estudio y la liturgia se podrían complementar de un modo formidable. Pero esto lo menciono sólo por si fuera posible. Normalmente no es tarea sencilla mover un seminario o una facultad de teología.



Por supuesto que todo este plan de construcción sólo se puede hacer a las afueras de una gran ciudad, en un gran descampado. Intentar encajar esto incluso en un barrio de las afueras significaría tener que pagar mucho dinero por metro cuadrado y disponer de menos terreno, limitando ya desde el principio la futura evolución de la catedral.

Este proyecto puede dar comienzo del modo más humilde imaginable, pero hay que intentar que no ocurra que, ya antes de empezar, la evolución de ese micromundo cuente con limitaciones que lo encadenarán por más que de por sí pudiera expandirse. El proyecto puede comenzar con pobreza, pero no con limitaciones. Eso restaría entusiasmo e ilusión ya antes de empezar. Y la limitación de espacio, por haber construcciones alrededor, supone un obstáculo insalvable.

Un proyecto como éste, para ser realizado durante generaciones, debe tener el apoyo del equipo gobernante en el ayuntamiento y, a ser posible, de todos los grupos políticos que conformen el consistorio. La reorganización urbanística de toda la zona donde se emplace requerirá de estabilidad. Si el partido de la oposición se opone al entero proyecto, será mejor no comenzar.

Sin el apoyo de las formaciones políticas del ayuntamiento, jamás se deberá empezar. Incluso con el alcalde y sus consejeros facilitando las cosas, siempre habrá costos inesperados y nuevos problemas que surgirán. Los mayores obstáculos a la andadura de un proyecto a largo plazo como éste serán las oposiciones de grupos que vayan apareciendo. Ciudadanos que presionarán y protestarán, grupos políticos que cambiarán de opinión e irán a la prensa para desacreditar todo, grupos de oposición en el mismo clero. Por eso será impensable llevar a buen término todo esto con

un ayuntamiento opuesto. Ya que puede boicotear el proyecto de muchas maneras muy difíciles de superar.

Si un ayuntamiento no está a favor, siempre será mejor hacerlo en un pequeño pueblo colindante con la ciudad que sea la sede episcopal. Y si eso no es posible, siempre se puede plantear el proyecto como una concatedral en otra gran ciudad de la diócesis. Siempre habrá ciudades en expansión que requieran de la construcción de una gran parroquia. La parroquia se puede convertir en la primera fase de una concatedral. El único gasto suplementario será comprar el terreno para lo que irá viniendo después.

Este proyecto es para una catedral urbana, jamás funcionará como un templo en mitad del campo. Levantarlo en un emplazamiento alejado de una gran ciudad, lo reduciría a un mero santuario. Se debe construir en un descampado, pero siempre cercano al centro de una gran ciudad y bien comunicado con ésta.

Puede parecer que este proyecto sólo es factible en diócesis germánicas o anglosajonas con un buen nivel de ingresos. Pero incluso en diócesis africanas o de Latinoamérica un proyecto constructivo así, daría vida a toda la zona en la que se emplazara. Esta mole situada como una isla en medio de un suburbio de chabolas o favelas sería todo un símbolo de orgullo para esas personas si el proyecto se enfoca adecuadamente desde el principio, si se les hace amar el proyecto a los habitantes de alrededor.

Una vez levantada una parte de la catedral, el clero y los laicos podrían ayudar de muchas maneras a los habitantes de esa barriada. La catedral con el tiempo cambiaría un suburbio pobre, lo evangelizaría y lo transformaría físicamente. Aunque por urbanizar no entiendo que tuviera que cambiar su aspecto de laberinto de casas bajas. De hecho, ese entorno de viviendas de

una sola altura sería el ideal para que la catedral se elevase de un modo imponente. Una mole catedralicia con una amplia avenida de acceso en medio de un trazado de casas espontáneo y vital.

Habría que imponer la regla de no construir edificios externos a la catedral durante, al menos, treinta años. Si se construyen edificios, deben integrarse en la catedral. Incluso ya agotado el espacio perimetral, las construcciones de viviendas pueden acoplarse para constituir muros de grandes naves comunicadas con el espacio catedralicio.

El modo absolutamente ideal de imaginar este proyecto es como una gran masa arquitectónica, como una colosal roca, más o menos rectangular, situada en la mitad de un mar de casitas multicolores.

## El clero catedralicio

Hasta ahora lo normal era pensar: el clero del que dispone un obispo hay que repartirlo en el territorio de la diócesis. En el nuevo esquema que propongo, hay que concentrar una pequeña parte del clero en un lugar como el descrito, porque si lo hacemos será el mundo el que irá al templo. En el primer esquema, que es el ordinario, es el clero el que va al mundo. En este otro esquema, es el mundo el que va al clero si creas un espacio como el descrito.

En el primer esquema, que sigue siendo válido, hay que desplegarse para anunciar el Evangelio. En este esquema, es el mundo el que viene a ser evangelizado. Quizá vienen por turismo, por curiosidad, por hacer una excursión en el fin de semana, pero se les va a dar la posibilidad de encontrar a Dios a través de lo que van a recorrer, de lo que van a encontrar dentro.

Por supuesto que el esquema de la dispersión y el de la concentración no son contradictorios. Hablando en general, lo lógico es distribuir, pero hay que reservar un pequeño tanto por ciento para concentrarlo y llevar a cabo esta otra forma distinta de evangelización.

Además, a través de Internet, la catedral, aun estando situada en un solo lugar, puede llegar a infinidad de hogares de la diócesis y más allá. Y se les puede ofrecer algo realmente diverso de lo que encontrarán en sus parroquias. Habrá miles de personas que en sus casas se unirán online a los rezos, misas y predicaciones de este espacio sacro.

No estoy diciendo que el 10% del clero diocesano tenga que ser concentrado en este micromundo, ni mucho menos. Pero una

diócesis de 600.000 católicos sin ninguna dificultad podrá contar con el siguiente clero catedralicio para las ceremonias:

- Tres sacerdotes destinados a la catedral como su destino
- Cuatro pertenecientes la residencia de sacerdotes ancianos
- Tres sacerdotes curiales o estudiantes o enfermos viviendo en la catedral

Esto, digámoslo así, será el mínimo con el que podrá contar cualquier catedral de una diócesis de tamaño medio después de haber desarrollado durante años este proyecto. Y eso que allí también vivirán el obispo y su secretario. Una vez que se cree el priorato benedictino, fácilmente, al cabo de unos años, se llegará a la cifra de cuatro sacerdotes en esa comunidad. Y raro será que no se alcance la cifra de una decena.

A los obispos eméritos de la diócesis se les ofrecerá la posibilidad de residir allí. Dado que allí contarán con una buena residencia sacerdotal, tanto los obispos como el clero jubilado pueden ver como una buena opción el ir allí a pasar sus últimos días. Si la residencia es grande, la atención tanto médica como de fisioterapeutas podrá ser mucho mejor que si esos sacerdotes viven separados en casas aisladas por la diócesis. Poner mimo en las instalaciones de la residencia sacerdotal todavía aumentará más las filas del clero residente allí.

Se darán todas las facilidades para que órdenes religiosas y congregaciones puedan establecerse en la catedral. La diócesis no les pagará la construcción de su convento en la zona perimetral. Pero habrá congregaciones que decidirán construir un convento adosado para establecer una comunidad en un lugar en el que la afluencia de gente ofrece muchas posibilidades para el apostolado. Las congregaciones, además de su propio convento, sólo tendrán que levantar los muros de una capilla dentro de la catedral y acondicionar su interior. Esas congregaciones se

encargarán con plena libertad del culto, confesiones y predicaciones dentro de su capilla.

Se favorecerá también que hagan lo mismo distintos movimientos y grupos eclesiales: Opus Dei, Comunión y Liberación, comunidades neocatecumenales, carismáticos, etc. Como ya se ha dicho, esos grupos se beneficiarán de que por la catedral pasará mucha gente, y la catedral se beneficiará al enriquecerse con una mayor oferta de actividades.

Será una simbiosis mutua. Una situación en la que el esquema de la dispersión se sustituye por el de la concentración. Alcanzada cierta masa crítica, es la gente la que viene al lugar y no es el clero el que debe ir en busca de la gente. Y la gente vendrá en busca no sólo de las piedras, sino también de las predicaciones ofrecidas con regularidad, de los directores espirituales, de la liturgia como espectáculo estético.

## Un día normal de la catedral

Lo normal será que el clero catedralicio fácilmente llegue a estar constituido por una veintena de sacerdotes. Pero para los horarios que voy a exponer cuento con un mínimo de una decena, con eso sería suficiente. Al cabo de los años, con la catedral ya plenamente desarrollada, como ya se ha dicho antes, el templo contará con tres misas por la mañana, y tres por la tarde. Una misa mayor concelebrada por la tarde. Confesiones a todas las horas, salvo las del descanso del mediodía.

La alabanza divina en el coro apenas callará en la catedral a lo largo del día, dado que hay tres coros: el de los canónigos, el de los benedictinos y el de las benedictinas. Además, si el de los canónigos reza las laudes a las 8:00, los benedictinos lo harán las

7:30 y las benedictinas a las 8:30. Y así se organizarán todo el día, para que las liturgias no se solapen. Como los dos monasterios benedictinos tienen un canto más pausado, los distintos coros de la catedral estarán salmodiando más de cinco horas al día. Todos los días por la tarde habrá unas vísperas muy solemnes.

Por la tarde tendrá lugar el rezo del rosario. Durante los primeros años se rezará con la gente sentada en una de las capillas de la catedral, ante una imagen de la Virgen. Pero con los años, si acude más gente a ese rezo, los sábados, al menos, se podrá hacer un rezo procesional: yendo de capilla en capilla, portando un icono de María. Con el tiempo, aunque sólo sean treinta personas, se podría enriquecer cada vez con más elementos ese rezo del rosario. Sobre todo los sábados y fiestas de la Virgen, la procesión irá precedida de la cruz, se cantará un breve canto mariano tras cada decena, se portará en el centro del grupo un riquísimo icono de la Virgen. Dos ministros revestidos con sotana y roquete flanquearán al diácono que cerrará la procesión.

Esta misma procesión, con parecido esquema, se repetirá todos los viernes (a la hora del rosario) para rezar el viacrucis. Sólo que en vez de portar un icono, alguien cargará sobre sus hombros una cruz de tamaño natural. Según la devoción que muestren los fieles, la catedral se añadirá otros actos de piedad: triduos, novenas, procesiones de santos y veneración de reliquias.

Pero una de las características más sobresalientes de esta catedral será su culto eucarístico. Antes del amanecer, se colocará la Eucaristía en una custodia en el centro de una capilla circular muy colorida, alegre, pensada para que los rayos del alba la iluminen del modo más bello posible. Estoy pensando en algo como el llamado *transparente* de la Abadía del El Pualar en la Comunidad de Madrid. Se podría hacer algo muy parecido en

estilo gótico para que no desentone con el estilo del resto del templo.

Estar en adoración en una capilla cuyos colores, forma y decoración están pensados para recibir la luz del amanecer como una especie de apoteosis de la Eucaristía será maravilloso. Un formidable modo de comenzar la jornada.

**Transparente:** Desde las 7 hasta las 10 de la mañana, la Eucaristía estará en el transparente. Después se llevará en procesión al altar bajo la tienda situada en el espacio central de la catedral.

**Tienda Real:** Desde las 10 hasta las 18 horas, estará dentro de la Tienda Real del cuadratum. Allí estará todo el día, hasta el caer del día. Entonces se llevará en procesión a una capilla lateral.

**Capilla lateral:** Desde las 18 hasta las 20 horas, estará en una capilla que representa el hecho de que Jesús se lleva a sus apóstoles a un lugar más recogido, más tranquilo, para estar con ellos con más intimidad después de un día de trabajo.

**Cripta:** Desde las 21 hasta la medianoche, se llevará en procesión a la cripta, donde estará expuesta hasta la medianoche.

El traslado del transparente a la tienda y después a la cripta supondrá ir pasando de la zona de la cabecera de la catedral hasta sus pies, del Este al Oeste. No importa si la capilla lateral rompiera un poco este simbolismo. El transparente estará algo elevado para que esta traslación suponga un ir descendiendo. La cripta simboliza la noche, la muerte, el descanso eterno que tendremos al final. El descanso final está simbolizado en la cripta.

Los domingos, como se empleará el cuadratum para las misas, la custodia, a lo largo del día, se expondrá en dos capillas laterales. En una por la mañana, en otra por la tarde. Con esta ceremonia de la traslación de la Eucaristía a lo largo de las horas del día, se deja claro que la catedral no es un lugar para la oración estática, sino que su amplitud permite hacer de ella un lugar sacro de procesiones. El paso de las horas y el culto eucarístico se

funden para crear una diversidad, para hacer del templo una especie de reloj divino.

Para acabar de completar la vida litúrgica de la catedral, ésta sería mejor aún si, al menos, una vez a la semana en una capilla se celebrara la misa tridentina y en otra capilla se celebrase la misa en algún rito oriental. Sería perfecto si en esas capillas hubiera algún acto de culto diario de esos ritos.

## La autoridad

Puede suceder que, con el pasar de una o dos generaciones, en la catedral se encuentren simultáneamente un abad mitrado con una poderosa comunidad, un obispo emérito, el rector del seminario y el decano de la facultad de Teología y algunos miembros de la curia viviendo allí. Por eso, desde el principio, el reglamento de la catedral dejará claro que la máxima autoridad es la del deán. En cada zona de los edificios perimetrales, habrá un superior. Pero dentro del templo todos tendrán que someterse a la autoridad del deán del cabildo, incluso los obispos eméritos.

No sólo organizará el entero conjunto, sino que también hará de árbitro cuando haya conflictos entre distintos grupos y comunidades. El obispo no puede estar continuamente decidiendo este tipo de asuntos. Será una tentación recurrir siempre al obispo, dado que vive allí mismo y alegando que se trata de problemas que conciernen a su catedral. Pero el obispo dejará claro que delega plenamente la organización y el arbitraje a su deán.

Ceremonialmente será distinto. En ausencia del obispo (o de un obispo auxiliar o emérito), las ceremonias serán presididas por sus vicarios episcopales. Y únicamente en ausencia de estos serán presididas por el deán, por encima del abad o de cualquier otra dignidad.

El abad mitrado sólo usará su mitra si preside la ceremonia o si son tres en la presidencia los que van a portar mitras. Si sólo la va a llevar el obispo y él, sólo la llevará el obispo. Esto se hace para favorecer la simetría y para que no eclipsar con esa insignia el carácter central del obispo. Por razón de la simetría de estas insignias, si cualquier obispo concelebra con el obispo de la diócesis, el abad se sentará a su izquierda por encima de otras dignidades.

## La catedral como marco de distintas ceremonias

Ya se ha dicho antes que la catedral es el marco ideal para ceremonias específicas que no se realizan en ningún otro lugar de la diócesis: por ejemplo, ceremonias antiquísimas como el entierro del aleluya tras las completas del martes anterior al Miércoles de Ceniza, la concesión de las órdenes menores o la bendición durante siete días de un aceite para los enfermos al estilo del myron en las iglesias orientales.

Además de esas y otras ceremonias, yo propondría que algunas misas tuvieran variantes especiales cuando se celebran en la catedral. Los cambios que propongo a continuación para distintas solemnidades no requieren pedir ningún permiso a la Congregación para el Culto Divino, porque son cambios que no afectan a la liturgia expuesta en el misal. El cambio que propongo para el Jueves Santo en mi libro *Neovaticano* sí que requeriría un permiso de esa congregación y por eso no lo expongo aquí, aunque sería muy desear que también esa ceremonia se llevase a cabo en la catedral. Estos son los pequeños cambios que propongo:

## **Viernes Santo**

Tras la liturgia de la Pasión se podría llevar la Eucaristía en procesión hasta una perfecta recreación del sepulcro de Cristo. Tras depositar dentro los cozones, se correría una piedra circular y se la sellaría. Esa réplica podría estar en un lateral del cuadratum. La gente que lo deseara podría quedarse delante del sepulcro cerrado.

## **Vigilia Pascual**

Tras la consagración de la Eucaristía en el altar, algunos diáconos podrían abrir con toda solemnidad el sepulcro y traer procesionalmente la Eucaristía al altar. Mientras, en el altar central, la misa seguiría su curso. La procesión se dirigiría al presbiterio para llegar allí entre el rezo del Padre Nuestro y el momento la comunión.

## **Solemnidad de la Ascensión del Señor**

En la solemnidad de la Ascensión del Señor, tras la misa mayor en el cuadratum, una vez acabada ésta, el obispo y diez sacerdotes bajan del presbiterio. Ellos representan en ese momento a los once Apóstoles, once porque ya no estaba presente Judas Iscariote. A los pies del presbiterio se quitan las casullas, quedando revestidos sólo con las albas, sin ni siquiera estolas. El obispo queda revestido únicamente con un alba-casulla sin ningún otro ornamento, en la mano llevará un cayado sencillo de madera. La razón de esta simplicidad es que representa ese momento histórico del viaje de los Once al encuentro del Señor.

El grupo se dirige hacia el ábside la nave central. Sólo les precede la cruz con los cirios y el incienso. Más atrás les siguen el

resto de acólitos y el clero que ha participado en la misa. Ellos sí que van revestidos con los ornamentos utilizados en la misa.

La subida al presbiterio de la nave central tiene el sentido de la subida a ese monte. Allí, justo delante del altar, hay colocada una imagen de tamaño natural de Cristo. En su pecho hay una pequeña puertecita donde se ha colocado una píxide con la Eucaristía. La Eucaristía ha sido emplazada allí ya desde antes que llegara el obispo y los diez sacerdotes.

Al llegar allí los once, adoran al Señor presente en la Eucaristía. Desde su sitio en el Gran Coro, un predicador da un sermón de dos o tres minutos, no más, que se escucha por la megafonía en toda la nave central y el cuadratum. El tema de ese sermón todos los años es el mismo: ¿qué les diría Jesús hoy al despedirse y ascender a los Cielos?

Al acabar el pequeño sermón, el predicador da una bendición a todos los presentes en la Nave. Recibida la bendición, el clero se dirige a la sacristía. La imagen de Cristo (con la Eucaristía) permanecerá todo el día en el ábside en recuerdo de la solemnidad que se celebra.

## Funerales de sacerdotes

La norma será que el funeral de los clérigos (diáconos, sacerdotes y obispos) se les hará en la catedral, salvo que ellos hubieran dejado dispuesto de otra manera o haya otras razones para preferir otro sitio. El que los funerales de los clérigos sean normalmente en la catedral se debe a que difícilmente en una parroquia, por grande que sea, van a caber todos los sacerdotes concelebrantes y el pueblo fiel. Entonces, por el bien de los que quieren asistir para dar el último adiós, es mejor hacerlo en un

lugar donde quepan todos. Además, ningún templo podrá competir con la grandeza que imprimirá la catedral a esta ceremonia. Ceremonia que, de por sí, será un recuerdo de la grandeza del sacerdocio.

Al llegar el coche fúnebre a la catedral, será recibido en la puerta principal del templo por la comunidad monástica. Todos, salvo el que preside este rito, irán vestidos con sus hábitos religiosos negros y la capucha echada. El que preside (en principio el abad) irá revestido con alba y capa pluvial negra. El abad aspergerá el féretro y hará una serie de oraciones. Después, precedidos por la cruz, se dirigirán en procesión hasta una de las dos capillas laterales, en la zona de las tres naves.

Allí reposará el cuerpo y podrá ser acompañado por las personas que lo deseen. Hasta que tenga lugar la misa de *corpore insepulto*, las horas canónicas de la catedral se celebrarán en ese coro de la nave a la misma hora de siempre. La liturgia será de difuntos y con el celebrante principal revestido de ornamentos negros. Si, por ejemplo, el féretro ha llegado por la mañana, se celebrará a las doce la hora sexta.

Poco antes de la misa, los miembros del cabildo, revestidos de traje coral, acompañarán en procesión el féretro hasta el cuadratum, en cuyo presbiterio se celebrarán las exequias. Acabado el funeral, todos los clérigos irán en procesión hasta el lugar del entierro en la cripta. Como se ve, a la muerte de un clérigo, hay en la catedral tres ritos distintos y tres procesiones para remarcar la sacralidad del sacerdocio.

## El coro hispano

Si se observa el plano de la catedral de San Abán, se ha evitado que este templo sea un espacio diáfano sin columnas en el que una gran nave llenara todo el espacio. Por el contrario, este proyecto lo que busca es articular espacios dentro del lugar sagrado.

En las catedrales francesas, el coro de los canónigos está situado en el ábside. En las catedrales hispanas e inglesas, el coro está situado en el centro de la nave principal. Cada vez me convenzo más de la genialidad medieval de colocar los coros para los canónigos en mitad de la nave mayor de las catedrales. Esos geniales arquitectos, obispos, artistas y monjes descubrieron que un templo, una vez que se alcanzan ciertas dimensiones, ya no impresionan más porque los construyas más largos o más altos.

El caso de la catedral de Colonia es emblemático. Su interior no deja de defraudar. Uno se espera algo parecido a la impresión. Pero dentro uno no se hace idea de sus dimensiones. Uno tiene que estar todo el tiempo recordándose que esa catedral de Colonia es la más grande. Hay que recordarlo, porque no se ve. La visión humana tiene cierta dificultad para encontrar referencias que permitan valorar esas dimensiones, una vez que pasan de cierta longitud.

Pero lo que sí que descubrieron tanto los arquitectos ingleses como los hispanos era que el templo sí que ganaba en complejidad y misterio si no se descubría de una sola vez, de un solo golpe de vista. Además, la idea de dotar a la catedral de una especie de grandioso corazón litúrgico les parecía completamente necesaria. El altar era el centro sagrado, eso era indudable. Pero ese centro sólo estaba en uso sólo a primera hora de la mañana y, los domingos, a mitad de la mañana, no más tarde. Recordemos

que la ley del ayuno (incluso de agua) hacía que las misas tuvieran lugar en las primeras horas de la mañana. Durante el resto de la jornada, lo que realmente funcionaba era la maquinaria capitular de las horas canónicas. Era ésta, por tanto, la que tenía que tener un lugar de gran preeminencia y accesible a la gente.

La imagen de toda la catedral llena de fieles desde el comienzo de la nave central hasta el final del ábside es una idea moderna. Eso era así en las basílicas romanas y previamente en las mucho más pequeñas catedrales románicas. Eso también sucedería en la catedral gótica en ocasiones como las coronaciones de reyes o la ordenación de un arzobispo con gran concurso del clero y el pueblo. Pero no era una situación habitual en la vida medieval. Ni había micrófonos ni se podía ver a los celebrantes desde los pies de la catedral. Ni desde los altos púlpitos se hubiera podido tronar un sermón hasta los pies de la nave central. La compartimentación sí que nos consta que fue el modo normal en que se usó esos colosales espacios.

En las catedrales góticas hispanas o inglesas, desde luego, el obispo estaba cerca de los que asistían a la misa. Si les predicaba, podían oírle. En ellas el espacio para el pueblo fiel estaba limitado entre el comienzo del coro y el comienzo del presbiterio.

En una época sin micrófonos y con la única iluminación de la luz natural, la idea de una nave central llena de gente hubiera supuesto no haber oído nada de las palabras del obispo y apenas haberlo visto. Me descubro, una vez más, ante la genial organización del espacio sacro ideado por el clero medieval.

Por eso, en la catedral de San Abán se repite ese esquema, a pesar de contar ya con micrófonos. Arquitectónicamente me parece el mejor frente a la idea de una sola nave larga e inacabable. Y así en San Abán el coro adquiere entidad propia como sede para la escucha de la Palabra situándolo en un lugar

aparte del presbiterio. De esta manera se consigue también que el altar sea un elemento mucho más rotundo en el centro de un presbiterio donde no hay ninguna otra cosa que el ara.

En esa visión del templo, el coro era el corazón y el ábside (con el altar mayor) era la cabeza. El altar reflejaba la idea de *Sancta Sanctorum*. Esto reflejaba la idea del templo como progresión, como peregrinación hacia el punto sacro culminante. Muchos altares mayores estaban detrás de un muro, de una reja o enmarcados por telas preciosas a los lados. Y es que la catedral, cualquier catedral, de esta manera, era un espacio compartimentado. La idea de lo sagrado se realizaba sacrificando el concepto de espacio simple o diáfano. Porque lo sagrado se realiza a través del velo, a través del ocultamiento.

Esta catedral, como tantas otras catedrales góticas, ha querido ofrecer la imagen de un recorrido hasta el altar mayor. Si bien el auténtico *Sancta Sanctorum*, la verdadera meta final del itinerario, es el lugar donde está el Gran Sagrario. Incluso los otros espacios descritos donde está la expuesta la Eucaristía en la custodia participan de esta idea de lugar al que se llega a través de una peregrinación a través del templo. Esos lugares son la imagen del espacio recogido, resguardado, al que se llega tras un recorrido de oración a través de ese espacio sacro.

La idea de la compartimentación, de recorrido orante a través de esas partes, ha guiado el diseño de este templo. Si algo he aprendido contemplando tantas catedrales antiguas a lo largo de mi vida es que sólo aquellas profundas mentes góticas podían haber ideado una articulación tan soberbia de los espacios sacros. Ellos entendieron que una catedral no es una iglesia grande. La catedral tenía que ser un espacio específicamente catedralicio.

Si una ermita en el campo se prestaba a la cercanía, la catedral se prestaba a la idea de templo hierosolimitano, a la idea

de penetración progresiva hacia un lugar más santo. Esa penetración, muchas veces, implicaba la ascensión. La catedral de San Abán quería ser expresión de esa ascensión hacia el monte santo. El fiel que atraviesa por sus puertas penetra en el monte Sión, su recorrido por el templo debe implicar una progresión, una peregrinación hacia el punto sacro culminante.

## Pobreza y gloria: los materiales

Alguno, a estas alturas del libro, ya se habrá preguntado el por qué del nombre de San Abán para esta catedral. San Abán (en inglés Saint Abban) fue un santo irlandés que nació en el año 520. Lo escogí sin pensarlo mucho para darle un nombre a este proyecto. No hubo otra razón.

Una cuestión que quería tocar antes de poner punto final a esta obra era algo que me comentó una buena amiga mía química. ¿Es correcto construir con materiales tan poco nobles algo que se dedica para la gloria de Dios? A Dios hay que darle lo mejor, los materiales más nobles. Tuvimos una larga discusión sobre el tema.

Mi opinión es que en el caso de esta catedral o se hace así o no se podría llevar a cabo. No hay vías intermedias. O se construye todo del modo más barato posible o el proyecto ni se podrá comenzar. Decididamente no hay que albergar escrúpulos, al final la catedral es un instrumento para llevar a las almas a Dios. Ese edificio no es un fin en sí mismo. Es sólo un entorno para la oración y las ceremonias. Si los fieles entran en un entorno sacro impresionante, no tiene importancia el asunto de los materiales.

Hace muchos años, en la segunda iglesia de la que fui párroco, coloqué un crucifijo sobre el altar que todo el mundo me preguntaba admirado: ¿es de marfil? Realmente se trataba de un material que hacía casi imposible distinguirlo del original, pero sólo había costado 24 euros. No sólo el tono del color era perfecto, sino que tenía incluso las estrías y grietas que se forman en el márfil original con el tiempo. Pero sólo había costado 24

euros. El material no importaba, lo que realmente importaba era que la gente podía rezar ante una bellísima imagen de Cristo Crucificado.

Lo mismo sucede con el proyecto descrito: lo importante es que tendrán un impresionante entorno para la oración. Donde sólo había un descampado, tendrán una impresionante catedral medieval. Y, en realidad, algo mejor: una mezcla armoniosa entre lo gótico y lo moderno.

Siempre se puede alegar (aunque en el fondo es una excusa) que lo importante es construir la catedral de esta manera y después, con el pasar de las generaciones, ir sustituyendo los materiales menos nobles por otros más nobles. Pero reconozco que es una excusa.

Además, a favor de mi proyecto, está el que no es sólo una cuestión de dinero, pues no hay que olvidar que la primera y segunda fase de la catedral deben llevarse a cabo en un tiempo razonable. El entusiasmo de los fieles para sufragar este tipo de proyectos no dura mucho tiempo. Después la gente se olvida, los donantes pierden el interés. O se logra tener un lugar de culto al cabo de unos cinco años desde que las excavadores comiencen a aplanar el terreno o el entusiasmo de la gente se irá enfriando.

Lograr un espacio que podamos denominar catedralicio sólo se logrará en la segunda fase del proyecto. Para lograr eso se necesitan materiales que se puedan trabajar con una gran rapidez parecidos al corcho blanco o la fibra de vidrio. Pero trabajando la piedra o la madera nos iríamos ya a un plazo de tiempo muy superior.

## Los pobres y la gloria: el templo como expresión de una teología concreta

Me gustaría que mi proyecto de catedral fuera un edificio habitado, lleno de vida, una verdadera morada para centenares de personas. Que se pudiera experimentar el placer de vivir en el templo de Dios. La catedral medieval estaba llena de vida. Los hombres medievales se esforzaron en crear esos marcos arquitectónicos, porque después esos espacios eran llenados con el incienso de la alabanza y con el ir y venir de sus moradores.

Los siglos lograron que de los edificios contiguos a nuestras catedrales desaparecieran los dormitorios y refectorios. Eso no fue sólo obra del siglo XX, ya antes había pasado la edad de oro de esos colosos. Antes, allí comían los canónigos, dormían y vivían en sus dependencias. El templo y sus dependencias anejas estaban llenas de vida en su sentido más humano.

La catedral imponía un régimen de vida a sus moradores. Y estos se sentían orgullosísimos de haber alcanzado el vértice de la diócesis, esa especie de Sión. El orgullo no sólo de sus moradores, sino incluso de toda una ciudad por su catedral es un sentimiento que ahora no conocemos. Ahora enseñamos la catedral a los que nos visitan como un monumento de piedra, no como un corazón vivo.

El problema actual no es de falta de clero sino de mentalidad. En el siglo XX, todo este tesoro vivo no sólo fue dejado morir sino que, incluso, fue olvidado; dejó de tenerse memoria de lo que habían llegado a ser esos ecosistemas catedralicios. Y esa nueva forma de entender las cosas era especialmente palpable donde hubo que construir una nueva catedral: se impusieron los espacios anodinos. ¿Para qué repetir lo genial decantado por los siglos, cuando podías hacer un (fallido)

experimento? En casi todas partes se optó por el experimento, con resultados previsibles.

Hubo excepciones que unieron belleza y modernidad, que unieron el genuino sentido de una catedral con la innovación, pero fueron pocas. Aun así, permítaseme citar por su nombre la bella catedral de la diócesis de Los Ángeles.

Pero las excepciones felices no fueron tantas. No voy a decir que se construyeron catedrales que eran la perfecta expresión de la anticatedralidad. No, eso no sería justo. Pero sí que los nuevos proyectos de construcción de iglesias estaban lastrados de prejuicios teológicos. Esos templos eran expresión de una nueva teología afanosa por la modernidad, anhelando modernidad, mendigando aceptación, pero duramente iconoclasta y rupturista con muchos aspectos de la Tradición. Esos templos fueron fiel expresión de esa teología.

E incluso en los lugares donde no existían tales prejuicios, se construyó de manera que fuera imposible ampliar. Premeditadamente se levantaron espacios pobres porque se alegaba que la Iglesia era pobre, aunque después el dinero se escapaban por otros grifos que no eran precisamente los de la ayuda a los necesitados. Podría poner ejemplos concretos de esas fugas de capitales, pero desisto. Bastará decir que el único gasto que no era evangélico era gastar para crear un templo para la gloria de Dios.

La pobreza fue la excusa perfecta para la vulgaridad. A veces tanta que me hacía suspirar por los tiempos de ciertos papas pecadores del renacimiento, por los tiempos de ciertos prelados corruptos medievales pero llenos de genio para el arte.

## El concepto mismo de catedral

Una catedral no es simplemente una iglesia más grande. Tampoco es una iglesia que se diferencia de otras únicamente en que allí el obispo va con más frecuencia. Una catedral debería ser un templo de naturaleza muy diversa a una parroquia. Tendría que ser el órgano donde resonara diariamente la gloria de Dios a través de la liturgia de las horas, el lugar donde tienen lugar rituales cuya complejidad y belleza exceden las posibilidades de un pequeño templo parroquial atendido por un par de curas.

Diversidad ceremonial, sí: La vida litúrgica no se agota en la misa. El lugar descrito debe constituirse como el espacio perfecto para grandes pontificales y para otros rituales. Hay que recordar que un pontifical no es simplemente una misa con muchos curas. Se debe entender lo que era el Templo de Jerusalén para comprender que la catedral cumple esa función en la Nueva Alianza.

Hace ya muchos decenios que las catedrales han quedado mudas. Cuántas he visto que, en la práctica, son meros museos. Templos formidables, paralizados, inertes en los que sólo hay una o dos misas diarias, y las siete u ocho misas que celebra allí el obispo a lo largo del año, eso es todo. Nada que ver con la vida desbordante que rezumaban en siglos pasados.

Se me dirá que el problema es que no hay clero. Yo me pregunto si contaba con mucho clero un San Agustín en su pequeña ciudad de Hipona. Por supuesto que no. Pero el obispo se reunía diariamente con su pueblo y sus presbíteros para orar a Dios todos juntos, como una familia. Y esas personas tenían una mentalidad diversa respecto a algunos cristianos de nuestra generación, en ellos existía un gusto por las grandes ceremonias.

Mientras que muchos de nuestros cristianos siempre refunfunan con que lo que hay que hacer es ayudar a los pobres.

Incluso en esas pequeñas ciudades del norte de África, como Hipona, sin duda se hicieron las cosas lo mejor posible para la alabanza del Altísimo. Y así la falta de clero se solucionaba involucrando a los fieles. Siempre hay fieles deseosos de ofrecer a Dios un culto esplendoroso. En todas las antiguas basílicas, el tamaño y belleza de las bancadas que conformaban el llamado *chorus* (delante del presbiterio elevado) demuestran la vitalidad de los ministros en la vida eclesial antigua y su involucración litúrgica.

Una catedral debería ser lo que siempre ha sido: un foco de vida litúrgica sin igual en toda la diócesis. Debería ser el gran templo por antonomasia de toda la diócesis. Tendría que ser un lugar sacro cualitativamente distinto del resto de templos: en lo material, en su culto y en la abundancia de clero presente.

Desde los años 70, la mayor parte de las diócesis sufrieron un evidente empobrecimiento litúrgico de todo lo que tuviera que ver con las grandes liturgias, con la excusa de los pobres y de que la gente sencilla no entendía. De manera que las ceremonias llenas de pompa se refugiaron en abadías con comunidades numerosas capaces de llevarlas a cabo. Pero ha llegado el momento de que las catedrales, como antaño, retornen a ser el lugar propio de las más fastuosas ceremonias de cada diócesis. Tan grandiosas que ninguna abadía pueda competir con ellas.

El obispo no es simplemente un sacerdote que manda sobre otros sacerdotes, sino que es el sumo sacerdote de su diócesis, el pontífice de su clero. De esa manera, ese hecho requiere de un marco adecuado para ejercer el sumo sacerdocio. Lo ideal es que el obispo no se limitara a celebrar unas misas que se distinguen de las otras únicamente que concurre más gente, sino que debería

ofrecer un culto cualitativamente más bello que el del resto de iglesias de su diócesis.

La catedral reelabora en la Nueva Alianza el concepto de Templo de Jerusalén. Nuestras catedrales europeas, y no sólo europeas, hoy día, son más bien museos. Gracias al turismo masivo, con su agitación y ruido, las catedrales se han transformado en los lugares menos proclives para la oración. Podríamos hablar, en cierto modo, de la muerte de las catedrales. En otros siglos fueron verdaderos órganos donde resonaba la gloria de Dios. Hoy día son museos que hablan de lo que fueron ellas mismas en otro tiempo.

Esa situación no es mejor fuera de Europa. En casi todas las diócesis, el obispo alegará que carece de clero. Vuelvo a insistir en que eso no es ningún problema, se puede organizar un gran culto diario sin apenas clero. Pero primero hay que querer. No haremos nada si nos mantenemos en los esquemas teológicos de los años 70 y 80 en los que se extendió la idea de que una iglesia de los pobres significaba un culto pobre.

Las catedrales hispanoamericanas conocieron su edad de oro hasta que esos esquemas teológicos postconciliares sembraron la sal de su iconoclastia. Conocieron su edad de doró, porque en ellas se replicó la vida catedralicia del Viejo Continente. Pero la Teología de la Liberación marchitó esa vida. Sus ideas, aunque no fueran compartidas íntegramente por todos, sí que tuvieron un indudable influjo en la designación de los nuevos miembros de los cabildos. Y allí donde no decidieron suprimir los cabildos, ya nadie tuvo ánimos para ir más allá de la celebración de las misas establecidas en los horarios.

En muchas diócesis, se mantuvo un número reducidísimo de canónigos, pero ya sin razón de ser. Hay muchas catedrales actualmente donde los pocos canónigos que quedan no tienen el

rezo ni siquiera de una hora canónica al año. ¡Ni una al año! ¿Es posible imaginar un hundimiento más completo de la misma razón de ser de un cabildo?

Se insistió en la encarnación con el mundo y en la pureza del mensaje de Jesús frente a una Iglesia de los fariseos. El resultado fue una liturgia reducida a un *mininum* que se presentaba como el ideal. En los años 90, se comenzó a salir de esta trampa teológica, de este hoyo, de un modo bastante heroico, pues todo el mundo, clero y fieles, estaban bastante mal dispuestos.

En la etapa de Benedicto XVI, ya sin ningún tipo de complejo, se reivindicó la liturgia como una realidad que podía ser estéticamente impresionante. Pero la vida catedralicia estaba muerta. Se comenzaron a organizar actos puntuales en esos espacios muertos. Pero una cosa era organizar, de tanto en tanto, algún pontifical; y otra cosa muy distinta era recobrar el concepto medieval de catedral. Este escrito quiere conseguir esto segundo. Y no sólo eso, sino incluso ir más allá, creando un nuevo concepto de catedral como el que se ha descrito en las páginas precedentes. No una mera catedral donde hay un cabildo y se reza a determinadas horas, sino un templo que es un microcosmos.

## Conclusión: las últimas piedras

Los que hayan leído mi libro *Neovaticano* verán indudables concomitancias con el presente libro. En cierto modo, *La catedral de San Abán* es la aplicación a nivel mucho más reducido de los principios expuestos en *Neovaticano*.

Pero había dedicado tanto tiempo a reflexionar acerca de este tipo de catedral que me pareció que podía ser un servicio eclesial el plasmar por escrito todos los detalles que aquí he expuesto. No veo nada fácil que las ideas de este proyecto se lleven a cabo en la realidad en este tiempo. ¿Pero quién sabe si en un futuro más lejano sea éste el tipo habitual de catedral que se erija?

Desde luego si en el futuro viviéramos una, digámoslo así, época neomedieval de reavivamiento de la fe, si el porvenir experimentara tan profunda conversión que hiciera revivir una revivida sociedad confesional, los templos tal cual los conocemos ahora se nos quedarían pequeños. No sólo se demandarían espacios más grandes, sino un culto cualitativamente más complejo y grandioso.

Ahora nadie va a construir esta catedral, pero en el futuro este tipo pueden ser las que normalmente se construyan. Incluso se puede dar el fenómeno de que las diócesis cuenten con su catedral histórica (que no se puede modificar ni se puede ampliar) pero que los obispos no quieran privarse de una concatedral de este estilo. La antigua catedral estaría situada en el centro histórico de la sede episcopal como un recuerdo de los orígenes, la nueva catedral estaría situada en un zona de expansión urbanística en la diócesis necesitada de templos y clero.

En cualquier caso, sea lo que sea de todo esto en el futuro, todo este proyecto se ha pensado, desarrollado y expuesto para la mayor gloria de Dios. Y ahora lamento de corazón todos los momentos en que, al irme a dormir a la cama, me dedicaba a imaginar este templo en vez de dormirme orando. Sí, debo confesar que en muchos días, en los últimos momentos de la jornada, preferí pensar en mi catedral a hablar con Dios. Fue un error. Pues, por mi pasión creadora, preferí un templo material al Dios mismo que lo llenaba. No debí haber perdido ni un minuto de esos instantes en que mi espíritu tenía que haber estado con el Señor. En cierto modo, idolatré al templo en vez de a la Trinidad. Insisto, en cierto modo.

Pero fue la pasión la que me arrastró a ello. No sólo somos arrastrados por las pasiones corporales. Las pasiones intelectuales también pueden alejarnos de Dios, también pueden enfriar nuestro amor por Dios. Ahora que he acabado el libro (porque ahora estoy escribiendo esta línea de la conclusión), me arrepiento de ello.



Este libro fue acabado de escribir, esta catedral fue acabada de construir, el 11 de septiembre de 2015. Festividad de San Pafnucio, obispo egipcio del siglo IV; y de San Adelfio, abad francés del siglo VII. Deseo que todo haya sido para la mayor gloria de Dios. Amén.





José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en el campo relativo al demonio, el exorcismo, la posesión y el infierno.



En 1991 finalizó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. En 1998 se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas. Ese año defendió la tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*. En 2015 se doctoró en el Ateneo Regina Apostolorum de Roma con la tesis *Problemas teológicos de la práctica del exorcismo*.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (España). Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, pero su obra abarca otros campos de la Teología. Sus libros han sido publicados en ocho lenguas.



[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)